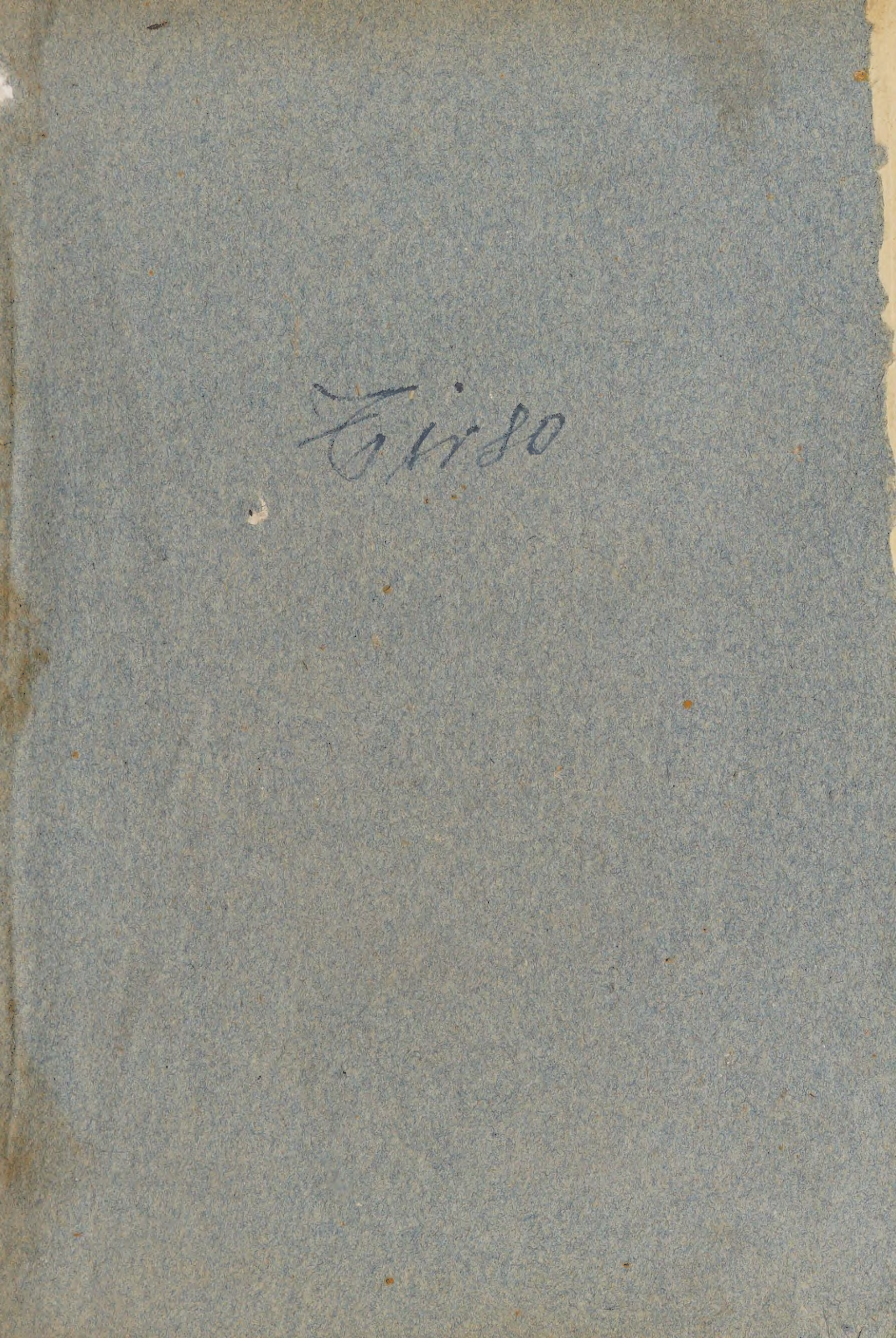

Tirso

LA MUGER POR FUFRZA.

PERSONAS.

Finea, dama.
Florela.
El Conde.
Alberto.
El Rey de Nápoles, barba.
Clarin.
Fenisa.
Fabio, criado.
Riselo.
El Marqués Ludovico.
Lusidoro.
Dos criados.

La escena es en Nápoles.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE ALBERTO.

Finea y Fabio.

Fabio.
Mira que es poca prudencia.
Finea.
¡Qué poco sabes de amor!
Fabio.
Quien no hace resistencia,
para ofender, su favor
parece que da licencia.
Finea.
¿Qué puedo yo resistir
á un amor desatinado?
Fabio.
¿De un hombre qué se ha de ir
tal pensamienio te ha dado?
Finea.
Eso me obliga á morir.
Vino por embajador
del Rey de Nápoles, Fabio,
el Conde. ¡Qué loco error!
¿pero quién ha sido sábio
en accidentes de amor?
Por gusto del Rey de Ungría
le dió mi hermano su casa,
vi su talle, y bizarría;
¡ay del deseo, que pasa

desdichas por zelosía!
Que á darle necios trofeos,
para tan locos empleos,
con ser tantas y tan llanas,
hallaba pocas ventanas
la prisa de los deseos.
Si el Conde se levantaba,
sin que me pudiese ver,
con atencion le miraba,
esto, Fabio, es ser muger,
la inclinacion me forzaba.
Si con mi hermano comia,
sin que me viese le via,
y de todas sus acciones
hallaba el alma razones,
y engaños la fantasía.
De esta manera le amé.

Fabio.

¿Qué nunca el Conde te vió?

Finea.

No, por mas que lo intenté;
porque mi hermano temió
lo que guardándome fue.
El procuraba esconder
lo que me dió mas lugar,
y al fin me vine á perder;
que mal se pueden guardar
los ojos de una muger.
¿Mas dónde hallaré razones
para pintar mi aficion,
mi inquietud, y mis pasiones;
que en habiendo prevencion,
es todo amor intenciones?
Sueño, y sustento perdi,
y al fin me determiné

á seguirle, y como en tí
mis esperanzas fundé,
cuenta de mi error te dí.
Yo pienso mudar el trage,
sin que me obligue, y reporte
la afrenta de mi linage,
ver de Nápoles la corte,
y en ella servir de paje.
No repliques, cierra el lábio
si me vas á reprender;
porque en resistiendo, Fabio,
la furia de una muger,
dará en el mayor agravio.
Ellos salen, y él se parte,
yo me voy, espera aquí.

Fabio.

¿Y tengo de acompañarte?

Finea.

Por eso, Fabio, te dí
de mi atrevimiento parte.
Agradece el ir conmigo,
que desde que en mi cuidado
fuiste secreto testigo,
subiste desde criado
á la grandeza de amigo. *Vase.*

Fabio.

¡Qué notable pensamiento!
pero seguiré su intento,
que si la desamparase;
quién duda que se arrojase
á mayor atrevimiento.

ESCENA II.

Alberto, el Conde y criados.

Alberto.

De no haberos servido estoy corrido,
Que aunque el Rey me fió vuestro regalo,
Ni le he servido, ni le habeis tenido.

Conde.

A su deseo vuestro amor igualo,
Y del que en vuestra casa he recibido,
Por tan esclavo vuestro me señalo,
Como vereis, mandándome en mi tierra,
Pues hoy se trueca en blanda paz la guerra.
Hoy he sabido que teneis hermana;
Solo el favor de verla me ha faltado,
Que á haberla visto, fuera cosa llana
Volver, Alberto, á Nápoles casado.

Alberto

Finea ha dado en retirada y vana,
Por esta causa no le habeis hablado;
Y por lo que decís del casamiento,
Besoos las manos.

Conde.

Digo lo que siento.

Alberto.

Gran honra para mí serviros fuera.

Conde.

Escribiré en llegando.

Alberto.

El cielo os guarde.

Conde.

Yo parto, como veis, á la ligera.

Alberto.

Y es justo, Conde, porque el Rey no aguarde;

Quieroos acompañar.

Conde.

De esa manera
Volveréme con vos.

Alberto.

Mirad que es tarde.

Conde.

No pasareis de aquí.

Alberto.

Serviros quiero.

Conde.

Alberto, á Dios.

ESCENA III.

Alberto y un criado.

Alberto.

¡Que honrado caballero!

Criado.

Toda tu casa deja aficionada,
Y tus criados de presentes llenos.

Alberto.

Asi pagan los buenos la posada,
Con agradecimientos por lo menos.

Criado.

Mi señora estuviera bien casada
Con tal valor, y términos tan buenos
En Nápoles.

Alberto.

No quise que la viese,
Que fuera obligacion que la sirviese,
Que para dalle joyas competentes
A su valor, y al de Finea mi hermana,
Se pudieran seguir inconvenientes;
La nobleza sé yo napolitana.

Criado.

¿Si él quisiera que fuésedes parientes,
Que mayor dicha?

Alberto.

Si el paso allana,
Yo vendré en ello.

Criado.

Escríbele.

Alberto.

Si el Conde
Me escribe, y á su intento corresponde;
Que sí, palabras son de cumplimiento;
Porque en mi casa al Conde he regalado,
No es justo que le obligue á casamiento,
Ni todo huésped á volver casado:
Las cartas nos dirán su pensamiento;
Tan noble soy como él.

Criado.

Ser tu cuñado
Su noble honor, y el amistad le obliga.

Alberto.

Sino ha de ser, no es justo que se diga.

ESCENA IV.

El Conde y Clarin.

Clarin.

En lugar de lo que suele
entretener los caminos,
reprenderte quisiera
generoso señor mio.
¿Tienes á Florela amor?
¿sirves á Florela?

Conde.

Sirvo,

y tengo amor á Florela.

Clarin.

¿Pues no es cruel desatino
el decir á la partida,
sin haber de Alberto visto
la hermana, que te casáras
con ella.?

Conde.

¿Pues que hay perdido?

Clarin.

Sí el otro te respondiera
tan necio, y no tan amigo;
¿como volvieras?

Conde.

Casado.

Clarin.

¿Eso dices?

Conde.

Eso he dicho.

Clarin.

¿Búrlaste?

Conde.

De ti me burlo,
que aquella palabra ha sido
solo para honrar al huesped;
que aunque el es tan bien nacido,
y debe de ser su hermana
un ángel, el escesivo
amor que á Florela tengo
no me hubiera permitido
casarme, si el rey de Ungria
me diera su hija.

Clarin.

Es digno
su honor de tan grande amor;

que si sus méritos miro,
aunque sin pasion, á penas
tu amor se alcanza asi mismo.
Decir puede un hombre á otro
á cuenta de los servicios
que ha recibido en su casa:
Señor, mi hacienda, mis hijos,
mis caballos, mis criados,
mis pájaros, y mis libros
á vuestro servicio están;
siempre tengo de serviros;
peró yo me casaré
y con muger que no he visto:
no lo ha dicho caballero,
caballero no lo ha dicho,
aunque fuera Lanzarote
quando de Bretaña vino.

Conde.

¡Ay Florela, si fue agravio
del amor que te he debido,
y del que debo tenerte,
perdona mi desvario!
Cumplimiento, y necio fué;
pero por disculpa ha sido
el no haber visto á Finea;
no me des mayor castigo,
ni allá te revele el alma,
por deslealtad, por olvido,
obligar á un caballero,
que con generoso indicio
de su valor, me ha obligado.

Clarin.

Si tuviera aquel chillido
de las mugeres zelosas,
te dijera: Federico

no mas, acabose aqui =
Señora, = no mas conmigo: =
oye por Dios, = no hay oir:
escucha, daré mil gritos.
Esto deseaba ver,
y haber visto; ya confirmo
tus traiciones: muerta soy,
desleal traidor finjido:.....
y va el otro majadero
muy contento de este arbitrio,
á sacar ropas y sayas,
y firma con un vestido
las paces, que en brazos de otro
la de los zelitos hizo
mientras duraba el enojo.

Conde.

No riñas mas,

Clarin.

No te riño;
mas por Dios, que he de mirar
si el dueño de este cortijo
tiene hermana.

Conde.

Gente viene.

Clarin.

¡Gentil talle!

Conde.

¡Hermoso brio!

ESCENA V.

Dichos, Finea de hombre muy galan, y Fabio.

Finea.

Pregunta si vamos bien.

Fabio.

Ese es el Conde.

Finea.

Pues calla.

Clarin.

Sobre buena cara entalla
mejor la gala tambien.

Finea.

Dios guarde á Vueseñoria.

Conde.

El mismo venga con vos:
¿de donde bueno?

Finea.

Los dos
somos, como veis, de Ungria.

Conde.

¿Donde?

Finea.

A Italia.

Conde.

¿A que ciudad?

Finea.

A Nápoles.

Conde.

De ella soy
venid conmigo, aunque voy.
de prisa.

Finea.

Vuestra amistad,
y compañia me pone
codicia.

Conde

Y á mi la vuestra,

Finea.

Luego en la vista se muestra

lo que el corazon dispone.

Conde

Soy el conde Federico.

Finea.

Dadme, gran señor, los pies,
que mi calidad no es,
si la verdad os publico,
para igualar tal valor;
que soy un pobre escudero
con humos de caballero,
que gradua el buen humor.
Hay cierta universidad
para los pobres discretos,
donde hace cuodlibetos,
la mediana calidad.
Aqui soy yo bachiller,
y pretendiente de un don.

Conde.

La nobleza y discrecion
juntas se os echan de ver;
que pues vos con humildad,
donde no sois conocido,
os habeis disminuido,
¿que mas cierta calidad.?
Unos hombres fanfarrones,
que á dos leguas de sus casas,
quieren asir de las asas
los mas antiguos blasones;
son monos de la nobleza,
que con gestos y visages,
remedan altos linages.

Finea.

Yo os he dicho mi bajeza.

Conde.

Esa, aunque vos encubrais

la nobleza que teneis,
mal persuadilla podeis;
con el rostro la negais.

Finea.

Con alguna á Italia vengo,
pero casos de fortuna,
me llevan á ver si alguna
fuera de mi patria tengo.
Esto sabreis caminando,
pues tal espacio ha de haber.

Fabio.

Como yo sé que es muger, *ap.*
estoy de oirla temblando.

Conde.

Pésame, que con disgusto
veais á Italia.

Finea.

No será
sino con gusto, pues yo,
señor, de serviros gusto.
Y pues tengo de servir
de page en Nápoles, quiero
servir tan gran caballero,
si me quereis admitir.

Conde.

Por cierto, que si pensais
servir ya determinado,
que habeis un hombre hallado,
como vos lo imaginais.
Mi amparo, brazos, y casa
tendreis desde hoy.

Finea.

Gran señor,
tanta merced y favor,
del cortés límite pasa.

En estos brazos me olvido
de la patria; ya soy vuestro.

Conde.

Y vos vereis que me muestro
á ese amor agradecido.
¿El nombre?

Finea.

Celio es mi nombre.

Conde.

¿Quién es el que va con vos?

Finea.

Criado mio, y los dos
vuestros.

Conde.

Pues vos, gentil hombre,
tendreis mi casa tambien.

Fabio.

Mil veces los pies te beso.

Finea.

¡Qué venturoso suceso!

Conde.

¿Clarin?

Clarin.

Señor.

Conde.

Haz que den
lo necesario á los dos,
y traigan las postas luego.

ESCENA VI.

Finea, Fabio y Clarin.

Finea.

Que me deis, Clarin, os ruego
los brazos.

Clarin.

Celio, por Dios,
Que habeis tenido ventura,
pero vos la mereceis.

Finea.

En mí un amigo tendreis.

Clarin.

El Conde solo procura
hacer bien á sus criados.

Finea.

¡Qué bien se le echa de ver!
¿Tiene en Nápoles muger?

Clarin.

No es propio á lo casados;
no siéndolo él no la tiene,
aunque ha poco que queria
casarse el necio en Ungria,
que allá de su corte viene.
Que el de Nápoles le dió
particular embajada,
y por pagar la posada,
por lo menos intentó
casarse con cierta hermana
de la capacha, que habia
en casa.

Finea.

¿Vióla algun dia?

Clarin.

Jamas en puerta, ó ventana,
que el hermano era zeloso,
y debió de conocer
el humor de la muger,
y el pensamiento brioso.
Que el Conde tiene buen talle,
y doncellas y secretos,

si no los guardan discretos,
presto salen á la calle.

Finea.

¿En fin, no es casado el Conde?

Clarin.

No, pero quiérelo ser
con una hermosa muger,
que le adora y corresponde.

Finea.

¿Dónde?

Clarin.

En Nápoles está.

Finea.

¿Cómo se llama?

Clarin.

Florela,
y es la flor de la canela.

Finea.

¡Muerta soy.! *ap.*

Clarin.

Pienso que ya
sereis el solo para él
que sois muy acomodado;
que hasta ahora yo he llevado
los recados, y el papel,
el vestido, y la sangría.

Finea.

Sangrarme del alma puedo, *ap.*
que á ella se fue de miedo
cuanta en los brazos tenia.

Clarin.

Ahora bien, vos teneis dueño
enamorado, y señor.

Finea.

La esperanza de mi amor,

Fabio, se convierte en sueño.

Clarin.

Venid, vereisle comer.

Fabio.

¿Qué piensas hacer?

Finea.

Morir,

que presto suele seguir
gran pesar, á gran placer.
Mas bien puede haber mudanza;
buen ánimo corazon,
que de aquí á la posesion
tiene lugar la esperanza.

ESCENA VII.

SALA EN CASA DE FLORELA.

Florela y Riselo, criado.

Riselo.

Lee la carta, y verás,
cuando se parte, por ella.

Florela.

¡Oh qué mal sufre, Riselo,
grande amor, grandes ausencias!

Riselo.

¿Pues qué culpa tiene el Conde,
si el Rey le condena á ellas,
con tan honrosa embajada?

Florela.

No le culpo, aunque pudiera,
pues se pudiera escusar,
que es de lo que tengo queja:
culpado le ha mi fortuna.

Riselo.

Está segura que venga
muy presto, que así lo dijo;
¿qué dudas? rompe la nema,
pregúntaselo á la carta,
que ella te dará respuesta
como oráculo de amor.

Florela.

Dilato, Riselo, el verla,
por entretener las dudas,
por engañar las sospechas:
¿Entró muy lucido el Conde
en la corte?

Riselo.

Cuando fuera
el mismo Rey, no sé yo
si fuera con mas grandeza.
Salieron de la ciudad
hasta la famosa puerta
todos los grandes señores,
toda la ilustre nobleza.
Las galas fueron notables,
pero juntas todas ellas,
no igualaron la del Conde,
sobre tanta gentileza.

Florela.

¿Qué color?

Riselo.

Azul celeste,
bordadas de oro, y de perlas,
cifras de tu nombre, y flores,
que decian, Fé y Florela.
Era el caballo español,
que la gualdrapa de tela
queria arrojar de sí,

para mostrar que lo era.
Parecia al son del oro,
como iba tocando en ella,
instrumento, á cuyo son
iba estampando la arena.
Llegó á palacio, y el Rey
salió á la sala primera
á recibirle, y los dos
hablaron mas de ora y media.
Lo que tratan se murmura,
que es casar Lisarda bella
con el Príncipe de Ungría,
pacificando las guerras.
Abre la carta por Dios.

Florela.

Vengaréme de su ausencia,
Riselo, en no abrir la carta,
aunque ella de mí se venga.

Lee.

Lleno de pena te escribo,
pero entre esta misma pena
halla gloria la memoria,
de hablar contigo por ella.
No sé como he de pintar
lo que siento, porque sientas
á lo que obligan temores,
y á lo que sospechas llegan.
Zelos que allá no sabia
aqui, mi bien, me atormentan,
que los sostituye amor
á falta de la presencia.
Perdona este injusto agravio,
y ten por seguras nuevas,
que tengo para partirme
mil almas, y una licencia,

Presto te veré, mal dige,
porque por presto que sea
será tarde para amor,
que me enloquece tu ausencia.

Riselo.

¿Merezcó albricias?

Florela.

Mereces
los brazos, y esta cadena.

Riselo.

Yo te aseguro, que el conde
llegue mas presto que piensas.

Florela.

Bien dices, porque el tempo
amando, piensa que llegan
todas las cosas muy tarde,
con tal ansia las desea.
¡Ay, Federico, si quieres
dar vida á un alma tan muerta,
haz mis deseos jornadas,
serán instantes las leguas! *Vase.*

ESCENA VIII.

SALON DE PALACIO.

El Rey de Nápoles, el Marques, Ludovico, y acompañamiento.

Rey.

Tendrá de esta manera
Quietud el reino, y los confines paces.

Marques.

Como de ti se espera,
Quanto crédito tienes satisfaces.

Rey.

En lo que escribe el conde,
Se ve que el Rey con gusto corresponde.

Marques.

Federico es discreto;
Sabrá muy bien lo que ha de hacer en todo,

Rey.

El llena de secreto
De lo que importa, Ludovico, el modo
En este casamiento.

Marques.

Digno ha sido de ti su pensamiento.

Rey.

En tanto, que sin guerra,
Sin sangre de vasallos, que consume
La mas florida tierra,
La paz que se pretende, se presume,
Aciertan mas los Reyes,
Y viven en quietud las santas leyes.
Razon de conservarse
Con guerra un reino, nunca fue admitida
De quien debe obligarse;
Mas á la religion, puesto que olvida
La paz, Marques, en parte,
A los vasallos el valor de Marte.
Fuera del Rey, no es justo
Tener, tal vez, ejército que obliga
Al que os diera disgusto,
Que depuestas las armas, no prosiga
En declarar su intento.

Marques.

El Conde viene.

Rey.

Y viene al pensamiento.

ESCENA IX.

Dichos, el Conde, Finea, y criados.

Conde.

Vuestra Alteza me dé los pies.

Rey.

Ya Conde,

Los brazos que teneis tan merecidos,
Os dá mi amor, que al vuestro corresponde.

Conde.

Mis servicios de tí favorecidos,
Tendrán de hoy mas valor, tendrán ventura,
Pues siempre fue el mayor ser admitidos.
Ya te escribí que el Ungaro procura
Satisfacerte si hay algun agravio,
De que ya lo tratado te asegura.
En todo se mostró Príncipe sabio;
Honró mi entrada su Real persona:
Sus dos sobrinos; y su hermano Octavio,
El digno sucesor de su corona,
Y que ha de ser esposo de Lisarda,
Agradecido tu eleccion abona.
El tiene la persona mas gallarda,
Que vi en mi vida, y de quien toda Ungria
La ejecucion de su esperanza aguarda.
Saltó bizarro, cuando el sol salia,
Una mañana en un caballo airoso,
Que á hacerle mal, dijeron que venia.
Mas él lo hizo tan bien, que fue forzoso
Mudar este lenguage, en quien miraba
Brio tan alentado y animoso.
Alli, tan diestramente le llamaba,
Que al concertado son de la baqueta,
El caballo parece que danzaba,

Como si fuera oyendo la trompeta,
Intentaba quitarse las espumas
De la boca fogosa é inquieta.
Mas porque de esto lo demas presumas,
Cuando al curso le puso las espuelas,
Volando entrambos, parecieron plumas.
No suele por el mar, con blancas velas,
Y remos, la galera presurosa,
Con banderolas de diversas telas,
Herir las blancas olas mas airosa;
Ni del arco veloz partir las flechas,
Pues aun era la vista perezosa.
A este Príncipe puedes, sin sospecha,
Dar, Señor, á la Infanta mi señora,
Que ya queda la paz firmada y hecha;
Y este es el pliego que responde ahora.

Rey.

Los brazos os vuelvo á dar,
y el premio os daré tan presto
como vereis.

Conde.

Yo he dispuesto
tu deseo, hasta llegar
al fin de tu pretension;
y este es el premio que quiero;
porque de servir no espero
mas seguro galardon.
Dichoso quien ha servido
Rey, á quien puede decir,
que es acertarle á servir
premio de haberle servido.

Rey.

Ahora bien, voy á leer
las cartas.

ESCENA X.

Dichos, menos el Rey.

Marques.

Ya os puedo dar
el parabien del lugar
que presto habeis de tener.

Conde.

Lo que al Rey le respondi,
respondo á vuestra amistad.

Marques.

Yo os amo con la lealtad
que debo y me debo á mi.

ESCENA XI.

El Conde, Finea y Clarin.

Clarin.

Lo mas tienes hecho ya.

Conde.

Antes, Clarin, lo que es menos,
que en los negocios agenos
menos libre el alma está.
Digo agenos, que no son
los que tanta fuerza tienen:
si bien á ser propios vienen
por tan justa obligacion.
No quise ver á Florela
primero que al Rey; y asi,
con la obligacion cumplí;
agora, Clarin, veréla
con espacio, que despues
de ausencia será razon.

Clarin.

Hoy, señor, tu pretension
alas se puso en los pies.
Gran merced del Rey te espera;
y fuera de parecer,
que hasta tenerla, y saber,
que no sea tal, que prefiera
lo que Florela merece,
no tratáras de casarte.

Conde.

A no poder disculparte,
que mi aficion te enloquece,
vive Dios, necio, que hiciera
un disparate contigo:
¿eso dices?

Clarin.

Esto digo.

Conde.

Pues aunque el Rey me prefiera
á sí mismo, ¿puedo yo
igualar á un Angel?

Clarin.

Mira
tu calidad.

Conde.

Es mentira
cuanta mi sangre me dió,
comparada á su belleza:
mas cuando su gran valor
considere sin amor,
no la iguala á su nobleza.
Vive Dios, si del Romano
Imperio el cetro tuviera;
ó como el sol en su esfera,
fuera señor soberano

de la tierra y de la mar,
que me pusiera á sus pies,
aun pensando que despues
no la pudiera igualar.
? Celio cómo callas tanto?

Finea.

Señor, como yo no entiendo
qué tratas, estoy oyendo,
y callado.

Conde.

No me espanto,
que yo sé que si supieras
que prenda adoro....

Finea.

¡Ay de mi! *ap.*

Conde.

Por lo que ya he visto en tí,
que otro consejo me dieras.
¡Ay, Celio! quiero á una dama,
que por verte tan discreto
té la he de mostrar, á efecto
de que culpes quien disfama
un ángel de tal valor,
con pensar que yo la igualo;
cuando á su sol me regalo,
deshecho á su tierno amor.
Este es un necio, que debo
sufrir, porque me ha criado;
tú has de ser de mi cuidado,
desde hoy, secretario nuevo;
tú, de todo el pensamiento,
sin encubrir parte alguna,
el dueño, y de mi fortuna
dichosa, próspero viento.
Contigo quiero tratar

los favores, los deseos;
porque veas tú, qué empleos
tan venturosos de amar.
Bien haya quien con discretos
trata sus bienes, ó males;
porque en fin de causas tales
resultan tales efectos.
Cuando veo un entendido
tratar con un necio, y ser
su amigo, vengo á tener
aquel hombre por perdido;
porque ó diciendo el secreto,
ó aconsejandolo mal,
ha de ser de causa tal,
si es necio, necio el efecto.
El Rey cuando tiene al lado
el sábio, ¡cuan bien acierta!
que á quien el reloj concierta,
se debe andar concertado.
El sábio gobernador
con prudentes consejeros,
afila bien los aceros,
y puede cortar mejor.
No hay sábio al lado del necio;
un loco hace muchos locos,
siempre los sábios son pocos;
por sábio, Celio, te precio;
que cuanto en este camino
contigo he tratado, fue
satisfaccion, en que hallé
tu entendimiento divino.
Y asi, aunque page, he gustado
que me sirvas con espada
que está mas acreditada,
honra que la trae al lado.

Que aunque es verdad que la pluma ;
es en lo que has de servir,
no la embota el escribir ;
y más cuando yo presuma
de general de una empresa,
aunque cese la de Ungria ;
mas porque de amor la mia
ya sobre tus hombros pesa.
Ven con este necio á ver
á Florela, y tu dirás,
que no hay en Nápoles mas,
si Dios no lo vuelve á hacer. *Vase.*

ESCENA XII.

Finea y Clarin.

Clarin.

¿Que te dice este Calisto
de la hermosa Melibea ?

Finea.

Que es hombre, y que la desea.
¿Qué aguardo con lo que he visto ? *ap.*
¿Porqué no me vuelvo ¡ Ay cielos !
pues no puedo conseguir
lo que intento, y es morir
muy bajo, morir de zelos ?
Y no ha sido atrevimiento,
que aqueste nombre le dé,
que morir de zelos, fue
bajeza del pensamiento.
Pero, ¿porqué zelos llamo
lo que no lo puede ser ?
Este quiere una muger,
sin saber que yo le amo,
ni tenerme obligacion :
¿que agravio, ni zelos puedo

tener, ni pedir al miedo,
de mi injusta perdicion.?
Loca fui, loca he venido
de mi tierra, tras un hombre,
que apenas sabe mi nombre,
¡mi nombre,! ni aun si he nacido.
¿Hay desdicha, hay necedad,
si es la necedad desdicha,
como la que tengo dicha?

Clarin.

Ya tu nueva voluntad
estará haciendo quimeras,
de la que te muestra el Conde:
no me espanto, que responde
Celio, á la merced que esperas.
Bien entras en el servir,
con achaques de mediar,
que esto de solicitar
gran premio suele adquirir.
Criado de señor mozo,
que no es oficial del gusto,
muerto de hambre y disgusto,
dale sepulcro en un pozo
de estos en que guardan nieve,
con esta letra valdía:
Aquí murió quien vivia
de solo hacer lo que debe.
No sé qué es, que no lo entiendo,
este deleite de amor,
que en pensar otro mayo
á naturaleza ofendo.
El que tiene mas vasallos,
mas riquezas, mas oficios,
mas soberbios edificios,
mas enjaezados caballos,

no tiene justo contento,
mientras no ha comunicado
con una hermosura al lado
su intrínseco pensamiento.
¡Oh fuerte imaginacion!
¡oh loco deleite humano!

Finea.

Yo, Clarin, pienso que en vano
tus zelos del Conde son.
Soy hombre de bien, soy noble,
no sirvo por interés,
aunque de opinion estés,
que la privanza me doble.
Contradices al amor
de tu señor, no eres cuerdo,
aunque las sospechas pierdo
que tuve de tu valor.
Criado que contradice
al dueño, no ha de medrar,
que consiste en aprobar
lo bueno, ó malo que dice,
cuanto mas en lo que hace.
¿Esta dama es bella?

Clarin.

Sí.

Finea.

¿Es noble?

Clarin.

Como él.

Finea.

Pues dí,
si es noble, y le satisface,
¿en qué yerra?

Clarin.

En no saber

á donde el Rey le pondrá;
que quizá le igualará
con su sangre y su poder.

Finea.

Necio estás; que ya los Reyes
no emparentan con vasallos;
obedecellos, y amallos
son del servicio las leyes.
Tratemos de nuestras cosas;
yo estoy en Nápoles ya:
¿no me entiendes?

Clarin.

Claro está;
dos muchachas tengo hermosas:
á la una quiero bien;
tengo temor á tu brio.

Finea.

¿Qué temes?

Clarin.

Un desvarío.

Finea.

¿Zelitos?

Clarin.

Celio, tambien;
que á las veces lleva el hombre......

Finea.

No digas mas.

Clarin.

Con cuidado
muchas veces te he mirado.

Finea.

¿Y en fin, qué soy?

Clarin.

Gentil hombre.
Y está pícara que adoro,

es una veleta al aire,
y en mirando tu donaire,
me ha de perder el decoro.

Finea.

Eso es pura necedad;
que donde hay amor con trato,
no es posible que sea ingrato
á la primer voluntad.

Clarin.

No conoces las mugeres;
porque aun tu barba procura
ser de la primer tonsura,
y en lo del trato no esperes;
que por lo mismo desea
una muger novedad:
yo fio de tu amistad,
que como me dices sea.
Ven, y verás dos infames,
que pueden prestar contento
al diablo.

Finea.

¡Qué atrevimiento!
no quiero que así las llames.

Clarin.

¿Pues qué, quieres que te diga,
que son Reinas?

Finea

Que honres quiero
las mugeres.

Clarin.

Presto espero,
. . . .
. . . .

Finea.

. . . . ?

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

Clarin.

. . . .

. . . .

Finea.

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

Clarin.

. . . .

. . . .

Finea.

¡Ay de mí, que he venido
á amar un hombre perdido
de amores de otra muger.

. . . .

. . . .

. . . .

ESCENA XIII.

SALA EN CASA DE FLORELA.

Florela y el Conde.

Florela.

Voime templando, que quiero
que el contento no me mate.

Conde.

No presumo que lo es
placer que puede templarse.

Florela.

Quiero decir que le doy
al alma, no en todo, en parte;
que si todo se le diera,
pudiera el gusto anegarme:
los brazos os vuelvo á dar.

Conde.

Bien merezco que me abracen
brazos que me cuestan vidas.

Florela.

. . . .
. . . .
. . . .
los pudieran merecer.

Conde.

Bien hayan desdichas tales,
que hacen á un hombre dichoso.

Florela.

Temo de vos informarme
en materia de memoria.

Conde.

Escusa teneis bastante
si os gobernais por la vuestra.

Florela.

Yo no he podido olvidarme.

Conde.

Juzgad lo mismo de mí,
. , ...
. . . .
. . . .
.

Florela.

Mejor pudieran pasarse
entre las úngaras damas,
que vuestra persona y talle,
y esto del embajador,
obligaba á muchos lances.
¿Con quién tuvisteis lugar?
¿qué os digeron? No se calle
ninguna cosa conmigo.

Conde.

Hoy quereis desesperarme:
esto sí, que fue querer
templarme el gusto.

Florela.

. . . . Dejadme.
pensar en que tuve zelos.

Conde.

Tuvisteis zelos de valde;
que yo no sabia la lengua,
y en llegando dama á hablarme,
ella se entendia á sí
en el úngaro lenguaje,
y yo, ni á ella, ni á mí,
respondiendo disparates.

Florela.

¿Diéronos algun fovor?
por vida mia mostradme

banda, flor, papel, ó cinta,
que aunque en palacio escusase
la novedad, estas cosas
no pudieron escusarse
en casa de vuestro huésped.

Conde.

Florela, un rayo me abrase
si vi la hermana de Alberto;
y aquí llegan mis dos pajes,
de quien podeis informaros.

ESCENA XIV.

Dichos, Clarin y Finea.

Clarin.

Clarin no ha de declararse;
ya conozco yo su humor.

Conde.

Tú, Celio, pasa adelante,
dile á la hermosa Florela,
que aun no quiere asegurarse,
si ví la hermana del huésped,
aunque dicen que era un ángel,
donde pasé aquellos dias.

Finea.

Si puede crédito darse
á un hombre de bien, que sirve,
yo os juro que en una cárcel
tuvo Alberto á su Finea.
Perdonadme que le llame
su nombre en presencia vuestra.

Florela.

¡Buen paje!

Conde.

Viniendo á Nápoles,

le recibí en el camino.

Florela.

¿Y de este puedo informarme?

Finea.

Bien podeis, señora mia,
que allá ví al Conde.

Florela.

Tú traes
contigo la informacion.

Finea.

No es justo que así me trates;
¿tengo cara de mentir?

Florela.

Tienes á lo menos talle
de solicitar placeres
al Conde.

Finea.

¡Desdicha grande!
segun eso, bien me puedo
despedir.

Conde.

Presumo que antes
te quieren hacer mercedes.

Clarin.

Mi señora, no te espantes,
que si es mala condicion
no querer asegurarse,
no quiere amor, que son zelos.
El Conde fue á cosas graves,
no como presumes tú
á tratar de enamorarse;
conmigo, que le asistí,
habló siempre en adorarte,
y en solo sentir tu ausencia.

Florela.

¿Qué testigos?

Conde.

No, pues basten
juramentos.

Florela.

¿Cuales?

Conde.

Oye.
Plega al cielo, que me falten
tus ojos, si te ofendí,
ni en palacio, ni otra parte
vi muger, que.... ..

Florela.

No lo digas;
¡que juramento notable!
¿mis ojos juras?

Conde.

¿Pues, Celio,
tú que sus cielos miraste,
ahora di si perdellos
es juramento bastante?

Finea.

Mirarlos despacio quiero.

Florela.

¿Los ojos quieres mirarme?

Finea.

Quiero saber su valor,
porque el Conde no se engañe.
¡Jesus! es gran juramento;
son dos cielos, que por darles
este nombre, tienen almas,
con sol, que en sus niñas arde:
creed al Conde, señora.

*

Florela.

Ya quiere en el mar bañarse
el del cielo, y del jardin
llaman los claros cristales,
á gozar de su armonía;
venid Conde, porque trace
con vos, lo que ayer me dijo,
hablándome en vos, mi padre.

Conde.

Si es en nuestro casamiento
no haya causa que dilate.
Volveos á casa vosotros.

ESCENA XV.

Finea y Clarin.

Finea.

Y yo volveré á matarme. *ap.*

Clarin.

Vé, Celio, á ver nuestras daifas;
no nos ocupen galanes
la puesta.

Finea.

¿Es gente de muchos?

Clarin.

Diez, ó doce personages,
de ellos dan, y de ellos no.

Finea.

Pensamientos me combaten, *ap.*
que me han de quitar la vida.
¿Ella es gente de donaire?

Clarin.

Tú lo verás.

Finea.

Pues no temas,

aunque el mismo turco baje,
que con la que traigo al lado
seré....

Clarin.

¿Quién?

Finea.

Roldan de pages.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Salon de Palacio.

El Rey y el Marqués.

Rey.

No he tenido en mi vida mayor pena.

Marques.

Parece cosa, gran señor, indigna
de Federico, y de su nombre agena.

Rey.

¡Amor, á quien no engaña, y desatina?
Viene esta carta de razones llena,
que la menor á su castigo inclina.

Marqués.

Llama al Conde, veamos que responde.

Rey.

Llamad al Conde luego.

Criado.

Aquí está el Conde.

ESCENA II.

Dichos y el Conde.

Conde.

¿Qué manda vuestra Alteza?

Rey.

No quisiera
pensar de tí tan gran alevosía,
así esta carta, y la razon me altera

conque de tí se queja el Rey de Ungria:
por estotra verás que sin espera
una traicion, que el agraviado envia
su sentimimiento en ella de tal suerte,
que con la infamia te condena á muerte,
No te digo lo que es, pues ya me entiendes,
y has de leer las cartas á mis ojos.

Conde.

¿Es este el premio con que honrar pretendes
mis servicios; despues de mil enojos?

Rey.

Pues dí, si embajador, á un Rey ofendes,
y traes de esta hazaña, por despojos,
á la hermana del huésped que te he dado;
¿mereces ser premiado ó castigado?

Conde.

¿Qué hermana, ni que huésped? Vuestra Alteza
pienso que no conoce á Federico;
pues Nápoles bien sabe mi nobleza,
y el heróico valor del conde Enrico.

Rey.

Lee las cartas, que mayor bajeza
no se cuenta de Páris. (1)

Conde.

Yo suplico
á Vuestra Alteza, que sin dar oidos
no juzgue.

Rey.

Ya los tengo prevenidos.

Conde

Lee. *Al Conde Federico, que con particular embajada me envió Vuestra Alteza, aposentó por mi órden Alberto mi gentil hombre de camara, cuyos regalos*

---

(1) *Toma las cartas el Conde.*

pagó con llevalle á la partida á Finea su hermana: Vuestra Alteza vea, que medio puede tener tanta ingratitud, y bajo término, que el mas breve será casarlos; porque Alberto no tome la debida sasisfaccion de su infamia, á costa de su vida.

Rey.

¿Ríeste de la carta?

Conde.

¿Como puedo dejarme de reir?

Rey.

¿No te ha turbado esta maldad?

Conde.

Quando seguro quedo, no me turba, señor, el ser culpado.

Rey.

Pues tú respondes, ya perdido el miedo,
debe de ser en fe de estar casado:
si estas casado, no te turbes Conde;
escribe á tu cuñado, al Rey responde.

Conde.

Esa seguridad no es la que tengo;
que nace, gran señor, de mi inocencia;
de Ungria solo, con mi gente vengo;
la desnuda verdad no quiere ciencia:
nace, señor, la risa que prevengo
de la seguridad de mi inocencia,
que un ánimo inocente muestra en risa,
que lo secreto á lo esterior avisa.
Por el Rey en la casa de ese Alberto
estuve con mi gente aposentado;
si vi á su hermana, todo el centro abierto
me dejé entre sus llamas sepultado:
si alguno con quien tuvo igual concierto,

luego que me partí, se la ha robado;
no es justo que de mi, que soy tan noble,
presuma el Rey, ni Alberto un trato doble.
Yo regalé, señor, á sus criados
de joyas y presentes; y sabiendo
de su hermana el valor, con mil honrados
ofrecimientos le obligué partiendo;
ni la vi ní la oí, ni mis cuidados
fueron mas que servirte, disponiendo
tus cosas con recato y con prudencia.

Marques.

Por Dios que persuade su inocencia,
Y que debe de ser, que algun amante
que tendria Finea, en la partida
de de Federico, halló lugar bastante,
la casa en tanto huésped divertida.

Rey.

No puede ser, que cosa semejante
hiciese un hombre noble.

Marques.

Es conocida
maldad del mismo que robó á Finea.

Rey.

Querrá que su defensa el Conde sea.

Conde.

Señor, aqui me queda la cabeza
cuando se me probare que yo he sido
infame autor de tan cruel bajeza.

Rey.

Estoy de tu inocencia persuadido.

Conde.

Mas honra mis servicios Vuestra Alteza
con esa confianza; sus pies pido,
déme mil veces estos pies.

Rey.

Escribe;
que quien nunca ofendió seguro vive. *Vase.*

ESCENA III.

El Conde y el Marques.

Conde.

¿Que os parece, Marques?

Marques.

Que escribais luego
respondiendo á esa carta.

Conde.

No he querido
leerla, por no ver que un hombre ciego
se descomponga airado y atrevido.

Marques.

¿Qué importa un desatino? abridla os ruego.
que no será tan necio, aunque ofendido.

Conde.

Por vos la leo, aunque temiendo el daño
que puede resultarme de este engaño.

Lee. *En mi casa os aposenté, en mi voluntad os tuve, la confianza de vuestro nombre me engañó, pues á mi casa habeis sido traidor, y á mi voluntad ingrato, y á mi confianza tan desleal, como os lo dirá presto mi agravio, pues cuanto tardo en llegar tendreis de vida.*

¿No os dije yo, que en fin, como ofendido,
era fuerza escribirme descompuesto?

Marques

Si está engañado, corta ofensa ha sido,
que aunque libre, tomó término honesto:
que luego despacheis un hombre, os pido,
que por escrito satisfaga de eso

á un noble caballero.

Conde.

Si él lo piensa,
disculpo las palabras por la ausencia.

ESCENA IV.

SALA EN CASA DE FLORELA.

Florela y Finea.

Florela.

Que está muy enamorado
el Conde, lo dá á entender.

Finea.

¿Y quien puede merecer
mejor que tú su cuidado!

Florela.

Ya vas, Celio, conformando
las palabras con el nombre.

Finea.

Pues á fe que no soy hombre
para andar solicitando.
Y si el nombre de:....
aunque ya la cortesía,
si ya no fuese ironia,
otro nombre le promete;
pues como al que es bachiller
le llamamos Licenciado,
moreno al negro, y honrado
al que no lo quiere ser,
encubridor se llama
tercero, desde este dia
dejaré mercaderia
que tanto el tercero infama.
No quiero servir al Conde.

Florela.

¿Porqué si te quiere bien?

Finea.

No porque el nombre me den
que al oficio corresponde;
mas, porque despues que estoy
en Nápoles, he tenido
una desdicha.

Florela.

¿Qué ha sido?

Finea.

No sé mas de que lo soy.

Florela.

¿Tú puedes ser desdichado
siendo criado leal?

Finea.

Parécete poco mal
estar.....

Florela.

¿Cómo?

Finea.

Enamorado.

Florela.

¡O que donaire.!

Finea.

No fue
este donaire tan aire,
que no me cueste el donaire
la vida.

Florela.

¿Quien es?

Finea.

No sé.

Florela.

Por la mia que lo digas.

Finea.

Si me guardas el secreto.

Florela.

De guardártele prometo.

Finea.

Mira que á mucho te obligas;
que es una dama del Conde.

Florela.

¿Pues el Conde tiene dama
fuera de mí? ¿el Conde infama
su lealtad? Habla, responde:
¿quien es aquesta muger?

Finea.

Vna muger enojada,
que de verla tan airada
no la acierto á responder.

Florela.

¿Soy yo?

Finea.

¿Pues ya no sabias
que tu hermosura y valor
pueden abrasar de amor,
Florela, las piedras frias?
Diras que es atrevimiento,
claro está; mas pues me voy,
y sin decirte quien soy,
no es tan loco pensamiento.
Quita la imaginacion
de lo que piensas de mí,
que cuando yo me atreví
no fue sin mucha ocasion;
ni creas que es deslealtad
querer lo que quiere el Conde,
pues mi ausencia te responde,
que antes le trato lealtad.

Si yo me voy por ser fiel,
¿en que me puede culpar?
no fue en mi mano mirar;
serálo apartarme de él.

Florela.

Como habia de enojarme,
Celio, he querido reirme,
porqne puedo persuadirme,
que ha sido posible amarme.
No es de admirar en tu edad,
que yo te parezca bien;
melindres son para quien
nunca tuvo voluntad.
Si tú, Celio, porfiaras
en cosa tan desigual,
que me pareciera mal,
es sin duda, y me enojaras.
Mas quien quiere y no porfia,
dice su amor y no enfada,
y no sé que ofenda en nada,
mientras no tiene osadia.
Celio, á ninguna muger
la pesó de ser querida,
como no fuese ofendida.
Quiere tú, no me lo digas,
que tampoco lo diré
al Conde; pero con fe
de que á ser mudo te obligas.
No viendo corresponder,
es fuerza que has de olvidar;
que amor no puede durar
sin ayudarlo á querer.

Finea.

¿Quieres tú que yo te diga
quien soy, y disculparás

mi amor, ?

Florela.

Quiero.

Finea,

Hoy sabrás

lo que á quererte me obliga;
que mejor que el Conde soy.

Floreta.

¿ Mejor ?

Finea.

Escucha.

Florela.

No mientas.

Finea.

Jura el secreto, si intentas
saberlo.

Florela.

A fe de quien soy

Finea.

Si juras el ser muger,
fue juramento discreto;
que de no guardar secreto,
juró naciendo su ser:
Mas si juras á quien eres,
yo me doy por confiado.

Florela.

Mucho, Celio, has afrentado
el valor de las mugeres.

Finea.

Hijo soy, Florela hermosa,
del Rey de Aragon, Fernando;
mira tú si puedo yo
tener pensamientos altos.
Mucho dige, ya lo he dicho,
y esto, en fe de que has jurado,

y tambien de que me voy,
si al Conde piensas contarlo:
aunque no se lo dirás,
que no has llegado á los brazos,
que es adonde los secretos
no tienen reparo humano.
Yo, en aquesta confianza,
te he dicho lo que he callado
al Conde, y aun á mí mismo,
si á solas conmigo hablo.
Dirás, ¿ pués hombre, si fuiste
quien dices, como has llegado
á servir de esta manera?
Esto te digera Fabio,
el criado que me sirve,
que es el Marqués, don Fernando
de Cabrera, y de Aragon,
que hasta el nombre se ha mudado;
porque yo, que aquí soy Celio,
don Alonso allá me llamo:
Oye la historia, y sabrás
por donde me atrevo á tanto.
El Rey quiso cierta dama,
de quien por sucesos varios
no fue, Florela, marido;
nací yo de estos engaños.
Casóse el Rey, y me dió
en breve tiempo un hermano,
entendido y gentil-hombre,
que lo era el padre de entrambos.
No nos criabamos juntos,
que aun no estaba declarado
mi nombre, por el temor
de los zelos, siempre largos;
porque lo que fue una vez

amor, por dicha, obligado,
piensan las propias mugeres,
que ha de durar dos mil años.
Enviudó el Rey, y con esto
me trugeron á palacio
de una aldea en que vivia
con un retirado hidalgo.
Cobróme el Príncipe amor,
ya de la sangre ayudado,
ya de algunas gracias mias,
puesto que soy desgraciado.
En los ojos de la corte
hallé gusto, y, ya inventando
galas, y fiestas, que fueron
ocasion de tantos daños;
puse los ojos, ¡ay Dios!
en una dama, que estando
en un jardin cierto dia,
se dejó tocar las manos.
Hizo el Príncipe lo mismo;
veis aquí todo trocado
amor en odio, que luego
nos dividimos entrambos.
Tenia yo, aunque era menos,
Florela, aquellos privados,
que no llegaron á ser
de la llave de mi hermano.
Estos, ya por sus consejos,
ya por sus lisonjas, dando
principio á nuestra discordia,
todo cuanto ves causaron;
pero la firme señora
que le envidaba de falso
al Príncipe, y me queria,
dispuso de suerte el caso,

que en ausencia de su padre
entré una noche en su cuarto....
¡nunca entrára!.... Al fin, Florela,
entré atrevido y gallardo.
Pasáronse algunos meses,
el huesped de estos cuidados,
descubriendo su secreto,
con irnos la vida á entrambos.
Mueren, los que no han salido
á la luz, por ver sus rayos;
que no saben, que acá fuera
está la muerte esperando.
Como llegó la ocasion
del mal encubierto parto,
asistí á verle en secreto,
y el niño infeliz tomando
en la capa, mal envuelto,
con ella, entre algunos paños,
salí, donde pensé yo
que asistian mis criados.
Llegó el Príncipe á saber
quien era, y yo porfiando
á no querer descubrirme,
dos, ó tres me acuchillaron.
¡Caso estraño, que otros riñen
dando rodela al contrario,
y yo para defenderme,
daba todo el pecho á tantos!
Quiso Dios que no le hirieron,
ni á mí; pero no es milagro,
que mal pudiéran herirme
con un ángel en los brazos.
El Príncipe lo quedó,
y Aragon alborotado
de suerte, que en una aldea

de las faldas de Moncayo,
dejo el niño, y por la posta,
en toda Francia no paro:
corro á Flandes, llego á Ungría
á la sazon, que llegando
el Conde con la embajada,
pude aficionarme tanto,
que así, por mas ocultarme,
como por verme obligado
de su amor é inclinacion,
en el camino le aguardo:
dióme oficio de mi edad,
que esto, no lo tuve á agravio.
Fióme aqueste secreto,
que la vida me ha costado,
que viendo tu rostro, he visto,
de lo que amaba reparo,
olvidando cuanto quise
hasta romper su retrato:
no sé como me atreví
á decirte, suspirando,
lo que no pensé, Florela;
ya lo dige, y ya me parto
que el decirlo fue partirme;
mas juramento te hago
á la Cruz de aquesta espada,
como aragonés honrado,
y á la que traigo encubierta
de nuestro español Santiago,
que si me guardas secreto,
y me veo en el estado
que pienso, y el Conde falta
á vuestro concierto y trato,
de casarme, y de enviar
por tí al Marqués don Bernardo

desde Aragon, porque estoy
por tu belleza espirando.
Ten lástima de mi muerte,
pues que me han muerto tus manos;
que en tenerla de mi vida,
no haces al Conde agravio. (1)

Florela.

Tente, tente.

Finea.

¿Qué me quieres?

ESCENA V.

Dichas y el Conde.

Florela.

Entra el Conde: no lo digo.

Conde.

¡Que pierda un hombre un amigo
por enredos de mugeres,
ó por su propia aficion;
su disculpa le disculpe!
pero que á un hombre le culpe
la agena imaginacion,
¡es la mayor novedad
que se ha visto ni se ha oido!
Florela.

Florela.

Seas bien venido,
¿qué hay de nuevo en la ciudad?

Conde.

Cartas, señora, de Ungria.

Florela.

Contrarias deben de ser,

(1) *Hace que se va.*

pues te veo suspender,
y mas en presencia mia.

Conde.

Si son cartas contra mí,
¿ no me han de causar pesar.?

Florela.

¿Contra tí ?

Conde.

¡ Puedes ponsar
tal cosa!

Florela.

¿ Qué ?

Conde.

Escucha.

Florela.

Dí.

Conde.

Escribe el Ungaro Rey,
diciendo, que le he robado,
contra la ley de hombre honrado,
y humana y divina ley,
al huésped donde posaba
una hermana que tenia.

Florela.

¿ Y ser verdad no podia ?

Conde.

¡Eso solo me faltaba!
Ni podia ser verdad,
ni la ví, ni sé quien es;
público partí, despues
sucedió esta novedad.

Florela.

No se queja sin razon.

Conde.

Hareisme desesperar.

Florela.

¿Pues cómo os pueden culpar
sin causa de esta traicion?

Conde.

Celio, ¿aquí estás?

Finea.

Si señor.

Conde.

Ponte luego de camino.

Finea.

¿De camino?

Conde.

Determino
defender mi noble honor.
Esta carta has de llevar
á Alberto, y aquesta al Rey.

Finea.

¿Yo, señor?

Conde.

¿No es justa ley
servir, defender y honrar
á sus dueños los criados,
cuando hay tan grande ocasion?

Finea.

Yo conozco que es razon;
pero hay otros mas honrados,
y de mas entendimiento.

Conde.

Pues hago eleccion de tí,
yo sé que sabras por mí
defender mi noble intento.
¿No conociste en Ungria
á Alberto?

Finea.

Yo, sí señor.

Conde.

¿Pues quien le hablará mejor,
Celio, en la inocencia mia?
¿No sabes tú que he venido
solo?

Finea.

Y como si lo sé.

Conde.

Si á Finea vi ni hablé,
mi amor te merezca olvido.

Florela.

Ya, Conde, sé lo que son
los cuidados en ausencia.

Conde.

Vive Dios, que mi inocencia
dé voces á tu razon.
Juzga, si quieres de mí,
como es justo.

Florela.

Ya he juzgado
que te ausentaste, y he hallado
que duró el amor en tí
hasta que viste esa dama.
¿Donde la tienes? bien creo
que puedes de mi deseo
fiar lo que el tuyo ama.
¿Porqué no la traes aquí?

Conde.

¡O pesar de mi desdicha!

Finea.

Por aquí ha de entrar mi dicha.

Conde. *ap.*

¡Que tú me trates asi!
¿Pues satisfacese el Rey
y el mundo de mi inocencia,

y tú en mi propia presencia,
contra toda justa Ley,
de amor y de obligacion
por culpado ya me nombras.
por imaginadas sombras?

Florela.

Muy justas sospechas son;
que el Rey no te ha de querer,
ni tener zelos de tí,
y yo, Federico, si,
que pienso ser tu muger.

Conde.

Perdone mi atrevimiento,
que no te puedo escuchar.

ESCENA VI.

Florela y Finea.

Finea.

Mal has hecho en apretar
tanto al Conde el pensamiento;
que de ser esto verdad,
verdad es, y la ha traido
consigo: á Dios. *Hace que se vá.*

Florela,

¡Que atrevido
te hace ya la voluntad!
Tente, vuelve, escucha, para

Finea.

¿No ves que me he de partir?
Harto bueno fuera ir, *ap.*
donde Alberto me matara.
¡Caso estraño! ¿que este intente
que vaya á mi propio hermano?
mas no me enviaba en vano,
cuando disculparse intente,

pues soy la misma ocasion.
¡Triste estás!

Florela.

Estoy pensando
venganzas.

Finca.

No son, amando,
nobleza ni estimacion.

Florela.

¿Pues no dices que es verdad?

Finea.

Y si me guardas secreto
te la enseñaré.

Florela.

¡Qué efecto
de zelosa voluntad!
¡Ay Celio! si tú me enseñas
esta muger, ten por cierto
que te adoré.

Finea.

Yo soy muerto
si se entiende, ni áun por señas.

Florela

Quíteme el cielo la vida
cuando te venga algun daño.

Finea.

Hoy verás el desengaño.

Florela.

Tú la palabra cumplida;
mi hacienda es tuya.

Finea.

No quiero
mas premio que hacerte gusto,
aunque dé al Conde disgusto,
por la fe de caballero.

Florela.
Fia en la palabra mia.
Finca.
Gran necio debo de ser,
pues fio de una muger
dos secretos en un dia.

ESCENA VII.

Decoracion de Calle.

Alberto, y Lusidoro de noche; Alberto con una pistola

Alberto.
De otra suerte quisiera disfrazarme,
ya que á Nápoles vine, Lusidoro,
á cobrar el honor que me han quitado.
Lusidoro.
¿Cómo quieres venir mas disfrazado,
que no siendo de nadie conocido?
Alberto.
Si del Conde lo soy, que me ha ofendido,
¿qué importa que ninguno me conozca?
Lusidoro.
Guárdate de él, hasta que llegue el dia
que te puedas vengar de sus agravios.
Alberto.
¡Que pocos son en la venganza sábios!
¿donde tendrá á mi hermana Federico?
Lusidoro.
¿Pues hale de faltar lugar secreto
en esta insigne máquina? ¿no adviertes
tantos palacios, tantas torres fuertes,
tantas hermosas quintas, y jardines,
y que de la ribera, los confines

parecen otras calles y ciudades?

Alberto.

¿En fin, á que es mejor, me persuades,
disparalle de noche una pistola?

Lusidoro.

No me parece que es venganza honrada,
porque donde hay traicion, basta la espada.
Y si te dige que era bien matalle,
en su casa, en palacio, ó en la calle,
fue consejo, no mas de consultalle
con el honor entonces; mas agora,
mirando que otros medios son mas cuerdos,
y remedian mejor tu honor perdido,
que no le mates á traicion te pido.

Alberto.

¿Pues qué llamas traicion? ¿córreme acaso
obligacion de hacelle el desafio,
habiéndome quitado el honor mio?

Lusidoro

¿Si pudieras casarle con Finea,
no era remedio, Alberto, mas honrado?

Alberto.

¿Quien duda, que si el Conde se casára,
cuanto honor me ha quitado me volviera,
y que el remedio mas piadoso fuera?
Pero llegando á ser rebelde en todo,
sola su muerte puede ser el modo
para que salga yo de tanta afrenta.

Lusidoro.

Si al Rey hablases, tengo yo por cierto,
que puesto el Conde en ásperas prisiones,
vendría á confirmarse en lo que es justo.

Alberto.

Mas, Lusidoro, de vengarme gusto,
que no de pleitear públicamente.

Lusidoro.

De la casa que acude sale gente.

Alberto.

Aquí dicen que vive cierta dama,
á quien el Conde sirve, adora, y ama,
y con quien, antes que partiese á Ungria,
casarse, que es muy noble, pretendia;
pues mira tú, si el Conde se casase,
que buen remedio daba al honor mio.
Yo no quiero prision, ni desafio,
sino pasarle el pecho con dos balas.

Lusidoro.

La voz he conocido, él es, sin duda.

Alberto.

El trae un page, y un lacayo solos.

Lusidoro.

Hombres de espada son.

Alberto.

No importa nada,
que no defiende pólvora la espada.

ESCENA VIII.

Dichos, el Conde, Finea y Clarin, de noche.

Conde.

Perdido voy de tristeza.

Clarin.

Muy atrevido has andado.

Conde.

Causa Florela me ha dado,
aunque adoro su belleza.

Clarin.

¿Qué causa te puede dar,
si son efectos de amor,
los zelos? No ves señor,

que como no puede estar
el sol sin sombra, no puede
el amor estar sin zelos.

Finea.

Ya por piedad de los cielos, *ap.*
prósperamente sucede
mi imposible pretension,
que la discordia que ha entrado,
por zelos principio ha dado.

Conde.

¿Que hora es?

Clarin.

Las doce son.
Desviate de esa puerta,
que se vengará de tí,
si sabe que estás aquí.

Conde.

Mas quisiera verla abierta.

Clarin.

Pues volvamos á llamar;
di que no puedes vivir,
¡Ah señor, como el fingir
negocia mas que el amar!
¿Tienes seso? ¿Habeis reñido
sobre tan cruel novela,
como decirte Florela,
que una muger has traido;
juraste de no la ver,
porque no quiere creerte,
y ella á tí de no quererte,
y luego quieres volver?
Estate dos horas quedo,
no muestres que te apasionas:
las mugeres, y las monas,
no han de conocer el miedo,

que en conociéndole muerden.

Conde.

¡Qué facilmente aconseja
quien no quiere, á quien se queja!

Clarin.

¡O cuantos el tiempo pierden,
por no saber esperar!
Vámonos de aquí. señor.

Conde.

Clarin, no me deja amor,
que harto me quiero esforzar.

Clarin

Pues tráigante aquí la cama.

Conde.

¡Que tal mentira se crea!
!quien nos trajo á Finea,
por quien Florela me infama!
¿Qué me culpasen á mí,
de lo que no ví, ni sé?

Finea.

La discordia que sembré, *ap.*
viene á llover sobre mi.

Conde.

Plegue á Dios Finea ó quien eres,
que nunca tengas ventura.

Finea.

Señor, ya es eso locura;
pues tú ofendes las mugeres.
¿Qué culpa tiene Finea,
de lo que piensan de tí?

Conde.

¿No es ella la causa?

Finea.

Si,
¿mas qué importa que lo sea?

Conde.

Celio, sí me quieres bien,
ayúdame á maldecir
esa muger, y decir,
que es un demonio tambien.

Finea.

No haré tal, por vida mia,
que soy noble, y defender
me toca á toda muger.

Lusidoro.

¿Aguardas que llegue el dia?

Conde.

Gente viene.

Alberto.

Ya disparo: (1)
no dió fuego, vive Dios.

Conde.

¡O perros!

Lusidoro.

Pues somos dos
sea el acero reparo,
de lo que el plomo faltó. (2)

Finea.

A ellos, señor, á ellos.

Clarin.

Como se tiene con ellos:
pesar te quien me parió.

Conde.

O buen Celio, no los sigas.

---

(1) *Dispara Alberto y no dá fuego.*

(2) *Acuchillanse, y* Finea *va tras Alberto y Lusidoro.*

ESCENA IX.

El Conde, Clarin y Finea.

Finea.

Porque huyen te obedezco.

Conde.

Que premio y brazos te ofrezco.

Finea.

Con lo postrero me obligas.

Conde.

Vive Dios, que eres honrado.

Clarin.

Pesia tal, que cuchiiladas
tiraba.

Finea.

Bien empladas,
por tu vida, y á tu lado.

Conde.

Esta gente, ¿quien seria?

Clarin.

Ladrones deben de ser.

Conde.

No llegan á acometer
con fuego, y tanta osadia;
que el ladron pide, Clarin,
la capa, y no mata al hombre;
solo quiere que se asombre.

Clarin.

La llama del polvorin,
me puso bravo temor.

Conde.

La pólvora ardió no mas.

Finea.

Mal seguro, Conde, estas.

Clarin.

Mal seguro estás, señor.

Conde.

Este demonio, ó muger,
esta Finea infernal
es causa de tanto mal.

Clarin.

Por ella debió de ser.
Vamos á casa, y volvamos
con fuego á buscar quien son.

Conde.

No ha de faltar ocasion,
Clarin, si de noche andamos.
En Nápoles está Alberto
y aqueste debió de ser;
yo me quiero recoger.

Finea.

Eso, señor, es lo cierto.
Sin duda mi hermano fué,
que el rostro le conocí.

Conde.

Basta, amigos, que hoy nací.

Finea.

Por eso me repetté.
¡Jesus que desdicha fuera,
si hubiera muerto á mi hermano,
ó él al Conde.

Conde.

Ya es en vano
salir de aquesta quimera,
con escribir nicen dar
satisfacciones de mat.

ESCENA IX.

Finea y Clarin.

Clarin.

¿Verás á Fenisa?

Finea.

Sí,

si el Conde se va á acostar.

Clarin.

Dijome que te esperaba
con Flora.

Finea.

Si aqueste loco
tarda en acostarse un poco,
voy como flecha de aljava.

Clarin.

Vive Dios, que eres valiente;
pero quéjase Fenisa,
que eres tibio.

Finea.

Está de prisa,
como el dinerillo siente.
Yo como soy socarron,
querriala enamorar;
porque esto de ejecutar,
es muy baja condicion.

Clarin.

Yo sé que te quiere bien,
y que me alaba tu brio.

Finea.

Por el dinerillo mio
debe de hacello tambien.
¿Es limpia?

Clarin.

Como una plata,

lo interior, y la corteza.

Finea.

Porque no habiendo limpieza,
todo amor se desbarata.
¿Buen olor?

Clarin.

Divino olor.

Finea.

No digo lo perfumado.

Clarin.

Acaba, no seas pesado,
que se aleja mi señor.

Finea.

¿Hay otro?

Clarin.

Necia porfia.

Finea.

Saber yo si hay otro, es justo,
porque no es cambio mi gusto
que haya Celio, y compañia.

ESCENA X.

SALON DE PALACIO.

El Rey y el Marques.

Rey.

Vuelve á escribirme el Rey, y está con pena;

Marqués.

No es posible que el Conde lo negára;
pues no era cosa de razon agena,
que con muger tan noble se casára.

Rey.

Mucho tanta porfia le condena;

yo pienso que el engaño se declara;
pondré en prision al Conde.

Marques.

¿Con qué prueba?

Rey.

¿Por los indicios, fuera cosa nueva?

Marques.

No fuera nueva, cuando son bastantes;
el Conde jura que no vió á Elena,
y no se prenden á hombres semejantes,
sin que la causa conocida sean.

Rey.

Que esté indeciso en esto, no te espantes,
fuera de no ser justo que lo crea;
y el Conde, como sabes, me ha obligado.

Marques.

Satisfaccion de su valor te ha dado.
Fuera de eso, me obliga su inocencia,
saber que quiere, y sirve á cierta dama,
con notable cuidado y asistencia,
y ella tambien le corresponde, y ama.

Rey.

Como esas cosas pasan en ausencia.

Marques.

No siempre dice la verdad la fama;
el Conde libre, importa á tu servicio,
mas que en prision por tan pequeño indicio.

Criado.

Dos úngaros caballeros,
piden, gran señor, licencia
para verte.

Rey.

Ya Marques,
mayores pruebas comienzan.

ESCENA XI.

Dichos, Alberto y Lusidoro.

Alberto.

Dáme, gran señor, los pies.

Rey.

Por vuestra presencia y tierra,
es justo daros los brazos.

Lusidoro.

Conforme tu Real grandeza,
favoreces los vasallos
de un Príncipe que desea
darte en sus hijos su sangre.

Rey.

¿Es embajada ó es queja?

Alberto.

Queja, señor.

Rey.

Ya conozco
quien eres; mucho me pesa,
que esto se ponga en estado,
que así te obligue que vengas,
Alberto, si eres Alberto,
á buscar con tanta pena
satisfaccion á tu honor.
Mas porque no es bien que sea
tu informacion sin la parte,
que se afirma en su inocencia,
llamad luego á Federico.

Alberto.

Yo sé, que cuando él me vea,
no negará la verdad.

Marqués.

Por lo menos jura, y niega;

que nunca vió á vuestra hermana.

Alberto.

Pues yo, con licencia vuestra,
sé que me pidió al partirse,
y con mucha diligencia,
que por muger se la diese;
¿pues como me la pidiera,
si nunca la hubiera visto?

Rey.

¡Estrañas cosas son estas!
¿No viene el Conde?

ESCENA XII.

Dichos y el Conde.

Conde.

Ya estoy,
gran señor, en tu presencia,
agradecido en estremo,
de que no dieses sentencia
contra mí sin escucharme.

Rey.

Propon, Alberto, tus quejas.

Alberto.

Habiendo, ilustre Rugero,
que en la mayor parte reynas
de Italia, fuera de Roma,
perdonen Mantua, y Florencia,
aposentado en mi casa,
de antigua, y clara nobleza,
al Conde, que está presente,
y regaladole en ella;
sino como él merecia,
como pude; al salir de ella
me faltó mi propia hermana,

faltó mi hermana Finea
de mi casa, habiendo sido
egemplo á cuantas doncellas
tuvo la corte de Ungria,
donde á una voz, no discrepa
persona que no le culpe;
y es tan cierta la sospecha,
que habiéndose en todo el reino
hecho grandes diligencias,
con penas estraordinarias,
no hay quien diga, ni quien sepa,
mas de que la voz comun
dice que el Conde la lleva.
Con esto el Rey te escribió,
yo sin aguardar respuesta,
vine á ver si de mi honor
me daba Nápoles señas.
No he merecido ninguna
de mis contrarias estrellas,
y así tuve por mejor,
escusando competencias,
venir á pedir justicia
al tribunal de tu Alteza.

Conde.

El Rey mi señor, Alberto,
y cuantos en su presencia
te escuchan, habrán juzgado,
por tu informacion incierta,
tu engaño con mi lealtad,
tu opinion con mi inocencia;
porque faltarte tu hermana,
corto indicio manifiesta
de que yo me la llevase,
porque pudo entonçes ella,
entre tanta confusion,

salir con quien...

Alberto.

No te atrevas
á decir tal libertad.

Conde.

¿Si es pleito, de qué te quejas?
pues aun en oposiciones
de cátedras, hay licencia
para decir los efectos,
y no es bien que tú la tengas,
de llamarme á mí traidor,
y que yo, Alberto, no pueda
decir que lo fue tu hermana
á tu valor, y nobleza.
Cúlpame de la ocasion,
que mi alboroto pudiera
escusar, á no ser huésped,
y no de tanta bageza;
que mejor es presumir,
que algun galan que requiebra
muchos años á una dama,
el que la ha llevado sea,
que no el que jamas la vió;
que muger de tales prendas,
no habia de conquistarse
con una palabra tierna.
Esta es toda la verdad;
vuélvete, Alberto, á tu tierra,
que los caballeros nobles,
que tan justo Rey gobierna,
no van á ser desleales,
sino al negocio que llevan.
Y esto le diré en el campo,
á tí, á tu sangre, á cualquiera
que salga, aunque entre tu Rey,

si el mio me dá licencia.

ESCENA XIII.

Dichos menos el Conde.

Alberto.

Saldré luego á defender
que eres traidor.

Marques.

No pretendas
la justicia que no tienes,
ni ausente el Conde te atrevas.

Lusidoro.

Puede el Conde con razon.

Marques.

Pues, porque tú le defiendas,
dos á dos.....

Rey.

Quedo, ¿ qué esto?

Marques.

Perdone, señor, tu Alteza,
que no es justo, que por cosas
injustas, así padezca
el honor de tus vasallos.

Rey.

No quiero que se resuelva
este caso por las armas;
en mi consejo se vea:
pruebe Alberto lo que dice,
que hasta ahora, por sospechas,
no es justo infamar al Conde...

Alberto.

Perdona, si ha sido ofensa
querer defender mi honor.

Marques.
Tambien es bien que defienda
el Conde el suyo.

Lusidoro.
Es verdad.

Alberto.
Castigue el cielo, Finea,
tu liviandad, pues padezco
tantos disgustos por ella.

ESCENA XIV.

SALA EN CASA DE FENISA.

Fenisa y Finea.

Fenisa.
¿Es posible, que has de ser
tan avariento de un sí?

Finea.
Si esto no haces por mí,
yo no te pienso querer.

Fenisa.
Dime tú, si puedo yo
servirte, y mi amor verás.

Finea.
Oye, y todo lo sabrás.

Fenisa.
Habla.

Finea.
El Conde me mandó,
que buscase una muger,
para dar á su Florela
zelos, que amor con cautela,
suele mil veces vencer.

Fenisa.

¡Ya sé sus estratagemas!

Finea.

Florela zelos le ha dado.

Fenisa.

¡Qué amor tan desatinado!
mas si le quiere, no temas.

Finea.

Que le quiera, ó no le quiera,
zelos le ha dado, y él quiere
darle zelos.

Fenisa.

Pues espere
dos cosas de esa manera,
ó picarla á mas venganza,
ó rendirla á mas amor.

Finea.

Tiene el Conde mi señor
en mí grande confianza:
piensa Florela que habemos
traido cierta Finea
de Ungria, ó sea, ó no sea,
con mil zelosos estremos
le amartela, por vengarse,
y él quiere darle á entender,
que es verdad.

Fenisa.

Bien puede ser.

Finea

Antes debe de engañarse;
pero yo te he de llevar,
y tú fingirte Finea,
porque como ella te vea,
se puede certificar.
Contarásle, que has venido

con él, y cuanto le quieres.

Fenisa.

Suelen asi las mugeres,
Celio, descartar olvido,
y quedarse en solo amor,
digo que todo lo haré.

Finea.

¿Sabrás?

Fenisa.

Pienso que sabré.

Finea.

¿Pero que abono mayor,
que ser muger, porque todas
tienen destreza increible?
Con esto será posible
dulce fin de nuestras bodas,
que yo quiero ser muy tuyo,
como en las obras verás;
mas no has de querer jamas
otro amor.

Fenisa.

De todos huyo,
Celio, despues que te ví.

Finea.

Trájome aqueste picaño
de Clarin, á quien engaño
con Silvia, y muero por tí.
Ello no es mucha lealtad,
pero ya los cortesanos,
dicen, que no siendo hermanos
no se mira en amistad;
y de ver hombres me admiro,
que al amigo mas honrado,
por cualquier amor prestado,
hacen en la honra un tiro.

Tú no tienes tantas prendas
con Clarin, que me esté mal
serle un poco desleal.

Fenisa.

¿ Qué satisfacer pretendas
á un lacayo picaron ?

ESCENA XV.

Dichas y Clarin.

Clarin.

¿Que es aquesto de lacayo?

Fenisa.

Páseme mi vida un rayo
si le he tenido aficion.

Clarin.

¡Celio, y Fenisa, y aquí
de lacayo y juramentos!
mugeres al fin.

Finea.

¿ Qué intentos
pudieron moverte así?

Fenisa.

Decir que te casarias
conmigo, y ha de tener
miedo una sola muger,
de vivir sin compañía.
Sugétale el vino al tal,
y el bravo desatinado
nos pone en tanto cuidado,
y á veces en tanto mal.
Quise acetar el envite,
que en lo demas, es Clarin,
un gallina, un hombre en fin,
que lo que sabes permite,

y no quieras saber mas.

Clarin.

Fiad de mugeres tales.

Fenisa.

Mi bien, pues prendas iguales
de tu voluntad me das,
confírmalas con los brazos.

Finea.

Una y mil veces, mi bien.

Clarin.

Y yo doy el parabien
á usaste de los abrazos.

Fenisa.

¿ Pues que le parece, diga?

Clarin.

Que es mal hecho, y que es mi amigo.

Finea.

Pícaro, tú eres testigo,
que necesidad me obliga,
porque yo soy caballero.

Clarin.

Vive Dios, que he de cortar
á alguna.....

Finea.

Deje de hablar,
lacayo enjerto en cochero,
ó daréle.

Clarin.

Pesia mi,
saque el pajazo la espada. (1)

Finea.

Pues tome esta cuchillada,
gallina.

---

(1) *Sacan las espadas.*

Clarin.

Reparo así

Finea.

¿No huye? Pues si me enoja
tome.

Clarin.

Pesia mi linage.

Fenisa.

¿Hay tal donaire de page?
vive Dios, que es de la hoja.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE CLAVELA.

Florela, Fenisa con manto, y Finea.

Florela.

Celio, bien venido sea.

Finea.

Hoy verás si verdad fue.
¿Estas en todo? *ap. á Fenisa.*

Fenisa.

Ya sé
que me he de llamar Finea.

Florela.

¿Sois vos á quien trajo el Conde,
hermosa dama?

Fenisa.

Yo soy.

Florela.

¡Que en tanta desdicha estoy!
Mal á quien es corresponde. *ap. á Fenisa.*

Fenisa.

Yo soy la hermana de Alberto.

Florela.

Mal mirastes por su honor.

Fenisa.

¿Qué concierto por amor
no fue siempre desconcierto?

Florela.

¿Tan presto se le tuvisteis?

Fenisa.

¿Pues tardasteis mucho vos
en tenérsele?

Finea.

Por Dios,
que te cogió.

Florela.

Bien hicisteis.

Fenisa.

Bien ó mal, posó en mi casa,
soy muger; no somos fuertes
en la ocasion.

Finea.

Bien adviertes
lo que pasa.

Florela.

Y que me abrasa.
¿Es posible que engañase
el Conde á una dama noble,
y que con trato tan doble,
casa, y voluntad pagase?

Finea.

Si se ha de casar con ella,
no será muy mala paga.

Florela.

Bien será que satisfaga
la deuda el Conde.

Finea.

¿No es bella?

Florela.

Es demonio para mí;
nunca la hubieras traido.

Finea.

Tú, señora, lo has querido,
por eso la truje aquí.

Florela.

¿Es posible, que dijese
amores á otra muger?

Finea.

Si no lo quieres creer,
mejor desengaño es ese.
Haz cuenta que fue mentira,
que cuanto á mí, ¿qué me vá?

Fenisa.

Turbada Florela está, *ap.*
con mal semblante me mira.
Vámonos, Celio, que estoy
temblando, no venga el Conde.

Finea.

¡Con que libertad responde!

Fenisa.

Yo soy Finea, yo soy
de Alberto hermana, y á quien
engañó el Conde.

Finea.

Habla mas.

Fenisa.

¡Que libre mintiendo estás.!

Finea.

Mi parte me vá tambien.

Fenisa.

¿Parte?

Finea.

Si me ha prometido
el Conde por estos zelos,
para traer con desvelos
á la memoria su olvido,
mil escudos, ¿cómo quieres
que no tenga en esto parte?
la mitad tengo de darte,

Fenisa, para alfileres.

Fenisa.

Para una casa los tomo,
aunque yo solo, de tí
quiero tu amor.

Finea.

Pues en mí *ap.*
buscarás oro, y hay plomo.

Fenisa.

Mira que el Conde vendrá.

Finea.

¿Como ha de venir, si yo
concerté con él que no?
en fin, avisado está.

Florela.

Porque me informé de todo,
me estoy muriendo, y quisiera
no escucharla si pudiera:
mostradme, zelos, un modo,
con que no pueda saber
esto que saber deseo;
pero si lo escucho, y creo,
¡que sirve darme á entender,
que es mentira la verdad!
¿Finea?

Finea.

Responde.

Fenisa.

El nombre
es nuevo, no hay que te asombre,
mi poca puntualidad.

Florela.

¿Qué le mandais á Finea,
que os dijo muchos amores?

Fenisa.

Pienso que fueron menores
los de Jason á Medea.
Jurábame que en su vida,
tuvo amor á otra muger.

Florela.

Si jura, bien puede ser,
pero piensa que se olvida.

Fenisa.

Ya sé que os le tuvo á vos,
y que no le tiene ahora,
porque dice que me adora,
siempre que hablamos los dos.

Florela.

Zelosa esta necia trata
asegurarse de mí:
llévame, Celio, de aquí
esta muger, que me mata.

Finea.

Ven, Finea, que otro dia,
habrá mejor ocasion.

Fenisa.

Pues sabeis mi obligacion,
suplicoos, señora mia,
que no le admitais aquí;
y que la palabra dada
me cumpla, pues es jurada,
decid al Conde por mí;
que sino mi hermano Alberto
le ha de matar.

Florela.

Bien será:
tras la ofensa me hace ya
tercera de su concierto.
Celio, si de aquí no llevas

este demonio, ó muger,
verás....

Finea.

¿Qué puedes hacer,
que á tí misma no te debas?
Véngate del Conde en mí,
que mejor que el Conde soy.

Florela.

Por vengarme de él estoy;
pero no ha de ser así,
que mi honor, y el tuyo temo,
puesto que mejor se emplea.

Finea.

Vámonos de aquí Finea.

enisa.

¿Hícelo bien?

Finea.

Por estremo.
La misma no te igualára.

Fenisa.

¿Qué me has de dar?

Finea.

Calla, y vamos,
que en grande peligro estamos
si esta en su agravio repara;
y aun me espanto, segun ví
sus ojos echando rayos,
que no llame dos lacayos,
para vengarse de mí.

ESCENA II.

Florela, y el Conde solo por otra puerta.

Conde.

Con estos necios cuidados,

Flórela, y viles sospechas
de antojos de Alberto hechas,
y de dos locos criados,
mas lisonjeros que honrados
no pude venir á verte;
porque es la cosa mas fuerte,
que á hombre noble sucedió,
supuesto que me libró
mi inociencia de mi muerte.
Dió fuego sin emprender
la pólvora, y municion,
turbóseme el corazon,
porque fue razon temer;
no sé que tengo de hacer
contra aqueste testimonio,
todo invencion del demonio,
solo porque dige un dia,
no se qué por cortesía,
con nombre de matrimonio.
¿Qué es esto, estás enojada?
cosa que algo de esto creas?
que si matarme deseas,
no busques mejor espada;
pues no respondes airada,
vuelve ese rostro, señora,
bueno será que tú ahora
sus desatinos ayudes,
y que el semblante me mudes,
que el alma por verlo adora.
¡Ah, Florela! ¿mas qué digo,
si me matas tu tambien?
mira, mi bien, que soy quien
estoy hablando contigo:
¿de qué sirve dar castigo
á un hombre que está inocente?

Florela.

No es inocente quien miente,
y con vergüenza tan poca
lo que en el alma no siente,
quiere que diga la boca.
¡Ah Conde, nunca te hubieran
visto mis ojos!

Conde.

¿Ahora
sales con eso, señora?

Florela.

¡Cuánto màs dichosos fueran,
que si este gusto perdieran,
menos lágrimas lloráran!

Conde.

¿En qué tus dudas reparan?
que no pensé que tus ojos
jamas con agua de enojos,
mas que con sol, me matáran.
Haz sol, la lluvia suspende,
mira que te han engañado.

Florela.

En no verte hablar turbado,
tu misma traicion se entiende.

Conde.

Antes eso me defiende,
porque mi inocencia crea
quien tanto mal me desea.

Florela.

¿Quieres que claro lo diga?

Conde.

Dilo, si mi amor te obliga.

Florela.

Pues hoy he visto á Finea.

Conde.

¿Qué Finea?

Florela.

Esa muger
con quien estás ya casado.

Conde.

¿Tú visto?

Florela.

Visto, y hablado.

Conde.

Soñando, bien puede ser.

Florela.

Digo, que acabo de ver
viva, y presente, esa dama
que ya tu muger se llama,
y llorando, me pidió,
que te persuadiese yo
á que vuelvas por tu fama.
¿Quieres mas?

Conde.

¿Qué tú has hablado
esa que llaman Finea?

Florela.

La misma que te desea,
y con quien estás casado.
¡Qué bien, Conde, me has pagado,
lo que he pasado por tí!

Conde.

¿La que yo no hablé, ni ví,
has visto tú? ¿que es aquesto?
Algun demonio se ha puesto
en figura contra mí.

Florela.

¿A cuatro dias de ausencia
amores á otra muger?

¿ser su esposo prometer,
y traerla á mi presencia?
No *sé* quien me da paciencia
para sufrir tus agravios.

Conde.

El alma tengo en los labios,
y el corazon en los ojos;
¿hay tan injustos enojos?

Florela.

¿Hay desengaños tan sabios?

Conde.

¿Hay malicia semejante?

Florela.

¿Hay traicion tan desigual
en un hombre principal?

Conde.

Yo haré que á este reino espante
mi venganza.

Florela.

No es bastante
ninguna satisfaccion;
los ojos testigos son,
que no se pueden tachar.

Conde.

Tú me quieres olvidar,
y aprovechas la traicion.

Florela.

Buena salida, y que tiene
ingenio.

Conde.

Nunca le aplico
á traiciones.

Florela.

Federico,
tarde tu malicia viene;

olvidarte me conviene;
desde aquí voy á olvidarte.

Conde.

Yo á matarme

Florela.

Yo á dejarte;
pues que tu traicion me esfuerza.

Conde.

Mi verdad hará que tuerza
tu intento.

Florela.

No puede ser.

Conde.

Basta, que vengo á tener
aquesta muger por fuerza.

ESCENA III.

SALON DE PALACIO.

El Rey y el Marques.

Rey.

Alberto ha dado en decir,
que el Conde tiene á su hermana.

Marques.

Yo tengo por cosa llana,
que lo debe de fingir.

Rey.

¿Cómo fingirlo pudiera,
no le moviendo interés?

Marques.

O es engaño, pues ya ves
que al Conde nada le altera.

Rey.

¡Buenas ausencias son leyes,

dignas en hombres de honor!

Marques.

Asi las tienen, señor,
los que están junto á los Reyes.
Porque como siempre ven
lo que hay con ojos agenos,
hacer malos, ó hacer buenos,
consiste en quien habla bien,
Pero cierto, gran señor,
que no es por mi natural,
mas porque sé que es leal
el Conde, y digno de amor.

Criado.

Una muger está aquí,
que quiere hablar á tu Alteza.

Rey.

Entre. Notable tristeza
por el Conde vive en mí.

ESCENA IV.

Dichos, Finea de muger con manto, cubierta el rostro, y hincase de rodillas delante del Rey.

Finea.

Como en lugar de Dios están los Reyes,
poderoso Rugero, cuanto humano,
y el dispensar, ó ejecutar las leyes,
está en su voluntad, como en su mano,
sin esceptuar, desde el que humildes bueyes
pone al arado bárbaro villano,
hasta el mayor señor; que la justicia
ni la tuerce el amor ni la codicia.

No es justo que se tenga á desconcierto
venir, señor, pues la razon responde
á tus pies generosos, como á puerto,

que al mar de mis desdichas corresponde.
Finea soy, la hermana soy de Alberto,
á quien de Ungria, con engaño el Conde
Federico sacó, dando primero
palabra, como noble caballero.
Desde entonces, señor, casi oprimida,
si bien amor fue causa de mi daño,
me tiene disfrazada y escondida,
para encubrir con todos el engaño;
niégame la palabra prometida,
de que tengo tan cierto desengaño,
que se quiere casar con otra dama,
de que corre por Nápoles la fama.
Suplico á vuestra Alteza no permita,
ya que yo fuí muger cuya flaqueza
no es la primera vez que se ve escrita,
(asi nos fabricó naturaleza)
que no se case, pues mi honor me quita,
y el de mi casa, de mayor nobleza;
que si saben tan grande tirania
se ha de poner en arma toda Ungria.

Rey.

¿Qué os parece de aquesto, Ludovico?
¿es verdad ó mentira? ¡vive el cielo,
que ha de morir el Conde Federico!

Marques.

A tu piedad, de tu justicia apelo.

Rey.

¿Pues no es justo el rigor que significo
contra su deslealtad, y injusto zelo?
¿no basta la traicion? ¿A un Rey se niega
la verdad que pregunta, pide y ruega?
¿Esto se sufre en ley de cortesia,
cuanto mas de respeto, y de obediencia?

Marques.

¿A quien no le pusiera cobardia
tu enojo? de quien ya tiene esperiencia:
demas, que esta muger finje, y podia
ser hermana de Alberto.

Rey.

En mi presencia
está Alberto tambien.

Finea.

¡Cielos hoy muero! *ap.*
mi atrevimiento me mató, ¿qué espero?

ESCENA V.

Dichos, y Alberto.

Alberto.

No puedo dejar, señor,
de proseguir en cansarte,
porque no tengo otra parte
donde pueda hallar favor.
El Conde quiere matarme,
todos me infaman por él. (1)

Marques.

¿Decirlo quieres?

Rey.

Y de él
quiero, Marques, informarme.
Descubre el rostro, Finea: (2)
¿es esta, Alberto, tu hermana?

Alberto.

¡O infame vil, ó villana! (3)

(1) *Hablan al oido el Rey y el Marques.*
(2) *Descúbrese Finea.*
(3) *Saca la daga para ella.*

Con esta daga....

Finea.

¡Ay de mí!

Marques.

Huye presto.

Finea.

Eso deseo. (1)

ESCENA VI.

Dichos, menos Finea.

Rey.

¿Hiriola?

Marques

No, señor.

Alberto.

Creo
que es ilusion lo que vi.

Rey.

¿Pues, Alberto, en mi presencia?
Préndanle luego.

Alberto.

Señor,
movióme el justo dolor,
no pude hacer resistencia.
Confieso el atrevimiento;
pero yo estoy tan perdido,
que aun pienso que no he tenido
señal de arrepentimiento.
De honor mis afectos son,
perdona mi desatino.

Rey.

Su Rey ha sido el padrino

---

(1) *Vase huyendo Finea.*

por quien merece perdon.
Corre por cuenta de ser
esposo ya de Lisarda
su hijo.

Clarin.

No entres, aguarda. *dentro.*

ESCENA VII.

Dichos y el Conde.

Conde.

Antes lo quiero saber.
¿De qué, Marqués, procedió
este alboroto?

Marques.

Teneos,
que está el Rey muy enojado
con vos.

Conde.

¿Conmigo?

Marques.

Y no siento
disculpa á vuestra malicia.

Conde.

¿Pues vos os mudais tan presto?
¿es porque Alberto está aquí?
¿señor, que os ha dicho Alberto,
que me volveis vuestro rostro?

Rey.

Los leales caballeros,
nunca engañan á los Reyes;
porque el bien, ó mal que han hecho,
no se les debe negar.

Conde.

¿Señor, si culpa no tengo,

será bien que la confiese?

Rey.

Marqués.

Marqués.

Señor.

Rey.

Esto es bueno.

Marqués.

Conde, aqui estuvo Finea,
el Rey la ha visto, y Alberto
dice, que es su propia hermana;
quéjase de tí, diciendo
que la trugiste de Ungria,
y que tratas casamiento
con otra dama.

Conde.

¿Qué dices?

Marqués.

¿Qué digo?

Conde.

Sí.

Marqués.

Lo que veo.

Conde.

¿Señor, tú has visto á Finea?

Rey.

Yo la he visto, y te confieso,
Conde, que fié que en tí,
y en tu buen entendimiento
no cupiese tal maldad.

Conde.

Si la he visto, plegue al cielo....

Rey.

¿Todavia? ¡estraño caso!
ó está loco, ó es tan necio,

que á todos nos vuelve locos.

Conde.

Señor, digo que lo creo,
pues vuestra Alteza lo dice,
y que es verdad que la tengo:....
yo la debo de tener,
aunque vive Dios eterno,
que no sé cómo, ni donde,
porque yo jamas la veo.

Rey.

Ya no la debes de ver,
como tratas casamiento
con esa dama á quien sirves,
que aborrecerla te ha hecho
el tratarla de esta suerte,
porque no te obligue Alberto
á que con ella te cases.

Alberto.

Federico, si tenemos
ojos, si razon, si ley,
si humano trato, ¿qué es esto?
¿cómo niegas á los ojos
lo que con los ojos vemos?
¿por qué á la razon la pena?
¿por qué á la ley el derecho?
¿por qué al trato humano el ser,
conque se vive en concierto?
Tienes á mi hermana aquí,
y en deshonor y desprecio
suyo, y mio, y aun del Rey,
que á los dos nos está oyendo,
¿niegas que jamas la viste?

Conde.

Alberto, yo estuve ciego,
yo sin sentido, pues todos

ven aquello que no veo;
ello es sin duda verdad,
pero enséñame te ruego
esa señora, y si dice,
no digo yo que la tengo,
sino solo que la he visto,
yo digo, que desde luego
soy su marido.

Alberto.

Pues yo
voy á buscarla.

Conde.

Y yo espero.

Rey.

Tú has hecho como quien eres.

Conde.

Yo, Rey poderoso, he hecho
lo que quiere mi fortuna,
la razon no, porque puedo
jurar, que jamas la ví.

Rey.

¡Otra vez!

Marqués.

Tan grande esceso,
señor, parece locura.

Rey.

Que es tema en que ha dado creo,
y no es justo Ludovico,
que pierda tal caballero,
vida, y honor, si es culpado,
y sino es culpado el seso.

ESCENA VIII.

El Conde.

¡Hay semejante desdicha!

si la ví, yo no me acuerdo;
¿pero cómo puede ser,
que la viese, y que tan presto
no me acuerde haberla visto?
Que estos se han juntado pienso,
para hacerme alguna burla.

ESCENA XI.

El Conde y Clarin.

Clarin

Á fuera estuve creyendo
que salieras, para ver
el fin de aqueste suceso,
y oigo decir, que está el Rey
tan enojado, que entiendo,
que te ha de costar la vida.

Conde.

Ya, ni aun la vida deseo.

Clarin

Como trugiste esta dama,
señor, con tan gran secreto,
¿que no la viese Clarin
por todo el camino? y tengo
justa razon de quejarme,
pues siendo fiel, me has puesto,
con dos vueltas á la llave,
silencio á tus pensamientos.
Enséñamela si quiera,
sepa yo si lo merezco,
por lo que en fin te he servido,
y mi padre á tus abuelos.
¿Qué talle, que rostro tiene,
qué brio, que entendimiento,
que pues tú la guardas tanto,

debe de ser de los cielos?

Conde.

Ellos se duelan de mí,
pues inocente padezco,
tan grandes persecuciones;
¿y tú, villano, grosero,
tambien ayudas, á quien
gusta de quitarme el seso?

Clarin.

Señor, tente, que no es justo,
que juzgues á atrevimiento,
decir lo que dicen todos.

Conde.

¿Cómo todos?

Clarin.

Lo primero,
dice Florela, señor,
que vió á Finea, y haciendo
estremos por tus injurias,
daba perlas, y oro al suelo;
estas de sus bellos ojos,
y esotras de sus cabellos.
Lo segundo, dice el Rey,
y los Grandes que estuvieron
en la cámara, que han visto
á Finea, que pidiendo
justicia, movió á piedad
cuantos la vieron, y oyeron.
Y porque no puede ser,
que lo finjan, dice Alberto,
que es su hermana; ¿pues qué quieres?
¿todos mienten? ¡vive el cielo!
que si me dijeran todos,
que era caballo, ó jumento,
que en una caballeriza,

pusiera á un pesebre el pecho.
Y que si dijeran que era
murciélago, ó cuervo negro,
que me arrojara á volar,
desde un corredor de aquestos.
Hace entender una dama
á su marido, que viendo
está el mancebo, que viene
á su casa por momentos,
que es por una prima suya;
y mil veces los hijuelos,
que salen zarcos y rubios,
siendo el padre pelinegro,
que se parecen á un tio,
que era colorado y fresco;
y crialos el tal hombre,
como si fuera su dueño.
Hace entender la doncella,
á su noble padre viejo,
que toma azero en abril,
y sale vivo el azero.
Hace entender la soltera,
que tiene treinta requiebros,
que son todos primos suyos,
y creenlo todos ellos.
Hace la viuda entender,
con mas tocas que un armenio,
que es vayeta lo que viste,
y es oro todo el manteo.
¿Y no quieres tu creer
lo que todos estan viendo?
acaba ya, que es locura,
negar lo que ven los ciegos

Conde.

Infame ¿qué es lo que díces?

¿ Hablas conmigo, qué es esto?

Clarin.

Tente señor.

Conde.

Vive Dios,
que de temor me detengo,
porque direis que estoy loco.
Pero yo debo de serlo:
acabóse; yo lo estoy,
¿lo que todos dicen niego?
Por Dios, que si el mayor sábio,
que vieron, Latino ó Griego,
Atenas ó Roma, fuera,
que le quitáran el seso:
pues quitaré yo la vida,
á quien me tratáre de esto.

Clarin.

Señor, señor, yo no digo
que lo he visto, ni lo creo,
sino que lo dicen todos.

ESCENA X.

Dichos, y Finea.

Finea.

¿Está aquí el Conde?

Clarin.

A buen tiempo.

Conde.

¿Qué quieres, Celio?

Finea.

Señor,
por muchos años y buenos,
te cases con esa dama,
que en tanto rigor te ha puesto.

Que no hay en todo palacio
otra cosa, y yo me huelgo,
por tu honor, que murmuraban
mil envidiosos y necios.
Víla salir, y por Dios,
que es gallarda en todo estremo,
y que debe de tener
no menos entendimiento.
Bien has hecho en atajar
el curso de estos enredós,
que me dicen es muy noble,
y rica de hacienda, y deudos;
y que la diste en Ungria
palabra con juramento,
que serias su marido;
pues con esto has satisfecho,
al Rey de allá y al de acá,
y no menos al del cielo.

Conde.

Infames, el que primero (1)
huyere podrá vivir.

Finea.

¿La espada, señor? ¿qué es esto?
¿Pues tú para mí la espada?

Clarin.

Huye, no le aguardes, Celio.

Finea.

¿Pues porqué no me avisabas
que el Conde estaba sin seso? (2)

---

(1) *Saca la espada el Conde.*
(2) *Vanse huyendo.*

ESCENA XI.

Conde.

Acabóse, fortuna; yo estoy loco,
no tengo que esperar, pues un lacayo
y un paje tienen mi valor en poco;
abrase esta muger del cielo un rayo:
pero por Dios, que á veces me provoco,
si bien me causa tan mortal desmayo,
presumir de que debe de ser cierto,
y que se queja con razon Alberto.
Asi deben de estar los que enloquecen,
como yo ahora, no creyendo nada,
á quien varias imágenes se ofrecen;
nubes de confusion, alma turbada.
Un Rey, un reino, crédito merecen,
pues todos esta dama desdichada
vieron y hablaron, que con tal cuidado
me pide la palabra que la he dado.
Un Rey, ¿donde no fue siempre creido?
¿Qué ley no le dá fe, si el solo jura?
Pues luego, ¿cuantos hombres han tenido
noticia de mi engaño y mi locura?
El seso tengo, vive Dios, perdido;
mas que es del cielo todo, me asegura.
¿No estaba cuerdo yo? ¿pues cómo es esto?
¿Qué hechizo infame en tanto mal me ha puesto?
Si hablé, si dije amores á Finea,
mientras duró en Ungria la embajada;
que no es mucho, que loco, de la idea
la tenga, ya cónfusa, ó ya borrada:
mas como quiera que el suceso sea,
cumplir es justo la palabra dada,
que si yo se la dí, no es bien, ni apruebo,

faltar por no acordarme á lo que debo:
Quiero decir al Rey, para que pueda
desenojar al Rey, que fue accidente
y que quiero casarme, con que queda
mi seso en paz, y libre de esta gente:
que fuera de pedir, que me conceda
perdon, no puede haber cosa que intente,
que de mas gusto en mis desdichas sea,
pues veré por lo menos á Finea.

ESCENA XII.

El Conde, el Rey y el Marques.

Marques.
La espada tiene desnuda;
pienso que quiere matarse;
Rey.
¿Tanto aborrece el casarse
que de la muerte se ayuda?
Marques.
Llegue Vuestra Magestad,
que es justo favorecer
un caballero, que ayer
sirvió con tanta lealtad.
Rey.
¡Ah Federico, que es esto!
¿pues vos os tratais así?
Conde.
¿Hay mas que pase por mí?
¿Quien en tanto mal me ha puesto
Rey.
Quitadle la espada vos.
Conde.
Bien digo yo que estoy loco.

Rey.

Quien el alma tiene en poco,
Conde, no conoce á Dios.

Conde.

Tras ser loco, gran señor,
¿eso me añaden ahora?
Ya mi fortuna mejora,
ya voy cobrando valor.
Mire señor, vuestra Alteza
la nobleza de mi casa.

Rey.

¡Qué presto á otras cosas pasa!
ya trata de su nobleza.
Yo le quiero, Ludovico,
curar de aqueste accidente.

Marques.

Bien es que tu Alteza intente
su remedio.

Rey.

Federico,
vos teniades razon,
y Alberto no la tenia,
que Finea está en Ungria,
y niega vuestra aficion.
Sosegaos, volved en vos;
que no os habeis de casar.

Conde.

El Rey me quiere engañar; *ap.*
pues no lo ha de hacer por Dios.
Señor, si hasta ahora he sido
rebelde, en no conocer
que es Finea mi muger,
y que de allá la he traido;
sabed, que la obligacion
y amor que tuve á Florela,

me obligaba á la cautela
que puse en ejecucion
Ya que estais tan enojado,
no es razon, que por su gusto
pase adelante el disgusto
con que me habeis castigado.
Mandad que venga Finea,
que yo me quiero casar.

Rey.

Pues yo os quiero perdonar,
como vuestra muger sea.
Y creed que acertareis
en hacer lo que es tan justo,
dando á todo el reino gusto,
por la opinion que teneis.
Dadle la espada, que ya
puede ceñirse la espada,
por quien mi corona honrada
en tantas partes está.
Id, Federico, en buen hora,
á vuestra casa, y traireis
á Finea, porque deis
su honor á tan gran señora;
que os juro, que es la que tiene
mas sangre del Rey de Ungria.

Conde.

Señor, la palabra mia
cumpliré yo, si ella viene,
que yo ¿cómo he de traer
la que no tengo, ni he visto?

Rey.

Mucho he de hacer, si resisto
en tanto enojo el poder.
¿No confesasteis aquí,
que la trujisteis de Ungria?

Conde.

Digo que verdad sería,
puesto que yo no la ví.

Marques.

Mira, señor, que está loco.

Rey.

Traedla luego, ó haré
que os prendan.

Conde.

Yo la traeré,
vuestra Alteza espere un poco.
Yo voy por ella, y no sé
donde la tengo de hallar;
pero andaréla á buscar,
hasta que con ella dé;
pues todo el poder me fuerza
de un Rey, que vengo á creer
á que tengo de tener
aquesta muger por fuerza.

Rey.

Id con él, Marques, no haga
el Conde algun desatino.

Marqués.

No dejalle determino,
porque el honor satisfaga
de tan principal muger,
antes de mayor locura.

Rey.

Bien pudiera su hermosura
su necio amor merecer.
¿Qué tanto á Florela estima?

ESCENA XIII.

El Rey, y Florela con manto y Finea.

Florela.

El Rey está hablando en mí; *ap.*
á buen tiempo vine aqui,
oir mi nombre me anima.
Tengo por dichoso agüero,
que hable vuestra Alteza en mí.

Rey.

No fue en tu favor, que asi
menos obligarte espero.
Antes estoy enojado.

Florela.

¿Pues yo, señor, te he ofendido?

Rey.

Si es Federico marido
de muger que ha disfamado,
y traido desde Ungria,
y siendo mas generosa,
¿parécete justa cosa,
quitársele tu porfia?
¿Es bien que tu necio amor
traiga sin sentido al Conde?
¿Esto, Florela, responde
al generoso valor
de tus padres, tus abuelos,
de tu casa á quien he honrado?

Florela.

¡Que mal habran informado,
gran señor, algunos zelos.!
Ni al Conde quiero querer,
ni tengo por que estorvar,
que le deje de pagar

á tan principal muger,
lo que dicen que la debe;
á otra cosa vengo yo.

Rey.

Pues el Conde me engañó,
si no es que su amor te mueve.

Florela.

El lo debe de pensar,
que es hombre de poco seso.

Rey.

Bien se ha visto en el esceso,
con que ha dado en porfiar,
que á Finea no tenia.

Florela.

Mintió, que la he visto yo,
con que me desengañó
del engaño en que vivia.

Rey.

Pues dí ahora lo que quieres,
si libre del Conde estás.

Florela.

Tú, que tanto aumento das
al honor de las mugeres,
gran señor, con tu favor,
oye un notable secreto,
que es de mi remedio efecto.

Rey.

Debesme, Florela, amor.

Florela.

En Nápoles está ahora
don Alonso de Aragon,
cuyo talle mi aficion,
fuera de su sangre adora.

Rey.

¿Qué dices?

Florela.

Que yo lo sé
y le hablo cada dia;
no será mucha osadía,
que la sangre que heredé,
se atreva al Rey de Aragon.

Rey.

No, Florela, que bien puedes
igualarle, y aun le escedes
en partes, que menos son.

Florela.

Tiene, señor, concertado,
si gustas, que nos casemos;
no porque los dos tenemos
mas que el habeclo tratado.
Háme dicho que te hable,
que sin tu gusto y favor
no se atreve, y tiene amor.

Rey.

El es suceso notable.
Huélgome de tu ventura,
que me han dicho que el Infante,
es gallardo, y arrogante,
de talento, y hermosura:
y aun presumo que le ví
alguna vez retratado.
¿Dónde está?

Florela.

Como criado
del Conde, á quien sirve aquí,
está en su casa, señor.

Rey.

¿Este enredo mas tenia
el Conde?

Florela.

Hallóle en Ungría
sin conocer su valor,
y á Nápoles le ha traido:
solo á mí se ha descubierto.

Rey.

Del Conde tengo por cierto
que es el hombre mas fingido,
y de mayores enredos
que hay en el mundo.

Florela.

Señor,
ya sabes que es el amor
todo esperanzas y miedos.
Hazme este bien.

Rey.

Si le haré,
no tengas pena, Florela.

Florela

Mi remedio me desvela.

Rey.

Ya que tu ventura fue,
no lo perderás de mí,
que hoy tengo de hacer de modo
que tenga remedio todo.
¿Ola?

Sale un Criado.

¿Señor?

Rey.

Traed aquí
al Conde, Alberto y Finea.

Florela.

Harás de tu gran valor
cosa tan digna, señor,
que famosa al mundo sea.

ESCENA XIV.

Dichos y Alberto.

Alberto.

Animoso invicto Rey,
vengo, como ves, resuelto
á pedirte una merced,
de tus prendas satisfecho.
El Conde ahora me habló:
díceme que está contento
de casarse con mi hermana;
que se la dé, si la tengo,
porque él no la vió en su vida,
ni puede, no la teniendo,
casarse; de donde yo
imagino que la ha muerto.
Si ha muerto á mi hermana el Conde,
como infame caballero
ha procedido, señor;
verdad es que lo sospecho:
pues el remedio que hallo,
por mas honrado remedio,
es el pedirte contra él
campo, que es justo derecho
en cosas que son dudosas.
Concédemele, que quiero
matarle, si está culpado,
porque sino, quiera el Cielo
que me dé la muerte á mí,
de que ya tengo deseo.

Rey.

Alberto, si el Conde dice
que aceptando el casamiento
le pondrá en ejecucion,

¿qué otra fuerza hacerle puedo?
Si de pedirte á Finea,
presumes tú que la ha muerto,
mejor es que el desafío
la seguridad del pleito.
Pide, que yo haré justicia.

Alberto.

¿Y he de aguardar los procesos,
sin honor por tantos dias?
¿No son mejores derechos
las espadas que las plumas,
entre humanos caballeros?

ESCENA XV.

Dichos, el Conde, el Marques, Clarin y Finea.

Conde.

Si su Alteza otorga el campo,
respondo que yo le acepto.

Marques.

Mira que está el Rey aquí.

Rey.

En confusion habeis puesto,
Federico, el Reino todo,
y aun los reinos estrangeros;
nunca fuérades á Ungria,
que tanto mal habeis hecho,
y tantas honras quitado.

Conde.

Señor, aqui tengo el cuello,
mandad cortarle, señor,
pues á serviros no acierto,
por nacer tan desdichado.

Rey.

Mirad lo que dice Alberto,

que es la parte que se queja.

Alberto.

Digo, señor, que sospecho
que el Conde mató á mi hermana,
pues acepta el casamiento,
y dice que no la tiene.

Conde.

Vive Dios, que no la tengo:
déumela, que luego al punto
la daré la mano, y ciento
la diera, si las tuviera:
porque todo mi deseo,
despues de agradar al Rey,
es dejaros satisfecho
del honor que habeis perdido.

Alberto.

Pues, Federico, yo os reto
de traidor, y os desafío

Conde.

Yo acepto el campo, y me ofrezco
á sustentar que mentis.

Rey.

Y yo á los dos le concedo.

Alberto.

Bésoos mil veces los pies.

Conde.

Yo tambien los pies os beso.

Alberto.

Esto queda bien asi.

Conde.

¿Para cuando?

Alberto.

Para luego.

Rey.

Basta que mañana sea.

*

Florela.

Ya, señor, que queda esto
á las armas remitido
de tan nobles caballeros,
ahora tienes lugar
de ejecutar el concierto
que te dije.

Rey.

¿Donde está,
que yo tambien lo deseo,
don Alonso de Aragon,
que quiero honrarle por deudo,
y saber su voluntad?

Finea.

Hoy me gano, ú hoy me pierdo. *ap.*

Clarin.

Celio, ¿de qué estas temblando?

Finea.

¿No ves hablar en secreto
al Rey?

Clarin.

Sí.

Finea.

Pues de mi habla.

Clarin.

¿De eso tiemblas?

Finea.

De eso tiemblo.

Clarin.

¿Pues qué trata con Florela?

Finea.

Ciertas cosas que yo entiendo.

Clarin.

?No las puedo yo saber?

Finea.

Clarin, sabránse tan presto,
que no hay porque las preguntes.

Florela.

Llegad cerca, señor Celio,
que su Alteza os quiere hablar.

Finea.

Bien temeroso me acerco;
¿qué me manda vuestra Alteza?

Rey

Don Alonso, ya no es tiempo
de encubrir vuestra persona,
dadme los brazos, que quiero
casaros hoy de mi mano.

Finea.

Señor, la palabra acepto,
y estimo tanto favor;
pero sea el casamiento,
si vos fuéredes servido,
con quien ya le tengo hecho.

Rey.

Eso mismo quiero yo,
y saber con quien, espero.

Finea.

Con el Conde Federico.

Rey.

¿Vos con el Conde, qué es esto?

Finea.

¿Esto os causa admiracion?

Rey.

¿No se acaban los enredos
del Conde?

Conde.

Solo me falta
para rematar el seso,

lo que dice aqueste page:
¿hombre, estás en tí?

Finea.

No puedo
ser hombre, que si lo fuera,
no tratára casamiento
contigo, que me has costado,
Conde, trabajos inmensos,
desde el dia que te ví
en Ungría, pues siguiendo
tus pasos con loco amor,
con tal confusion he puesto
al Rey, á Alberto, y Florela,
y á tí; pero el Rey, y Alberto,
y Florela, sepan hoy,
aunque me has visto, y sirviendo
tu persona estoy contigo,
nunca supiste el suceso;
que en efecto soy Finea,
que de aqueste atrevimiento
le pido perdon al Rey,
á tí, á Florela, y á Alberto.

Rey.

¡Hay suceso semejante!

Clarin.

¿Y á mí no? ¡viven los cielos,
que si lo hubiera sabido!....

Conde.

¿Es posible, que tú has hecho
tanto mal á mi inocencia?

Rey.

Federico, ya no es tiempo
de examinar al amor,
de quien latinos, y griegos
tantas cosas han escrito.

Florela.

Su poder conozco inmenso;
pero es efecto de amor
la burla, ¿de qué me quejo
á tu justicia?

Rey.

Florela,
y tú Conde, estadme atentos:
hoy mi voluntad es ley;
que sea Finea quiero
muger del Conde, que es justo
de sus trabajos el premio.
Yo no tengo por traiciones
las industrias del ingenio,
mayormente, cuando amor
ayuda al entendimiento.
Todo ha de quedar en paz:
dále tú la mano, Alberto
á Florela; en lo demas
pongo perpétuo silencio.

Clarin

¿No le dan nada á Clarin?

Finea.

¿No basta que satisfecho
quede?

Clarin.

¿De qué?

Finea.

De Fenisa,
pues como estaba la dejo.

Conde.

Aquí senado se acaba
la Muger por fuerza, haciendo
de la fuerza voluntad,
con que serviros deseo.

La Muger por fuerza.

Al leer las comedias de nuestros antiguos poetas dramáticos, se advierte en muchas de ellas que lo primero que inventaban, era el título. Despues se dedicaban probablemente á justificarle; y consideraban su asunto como una especie de problema, cuya resolucion, cuando no era elegante y feliz, acreditaba por lo menos la habilidad y el ingenio del autor. Esto le sucedió á Tirso en la *Muger por fuerza*: el problema, tal como le concibió, era poco menos que imposible; porque no se reduce á obligar á un hombre á casarse con una muger á quien aborrece, aunque la haya querido en otro tiempo; ni á sacrificarle á la autorídad paterna, ó al cumplimiento de algun compromiso; sino á casarle á fuerza de enredos con una muger á quien no ha visto nunca, al mismo tiempo que se halla enamorado de otra perdídamente, sin que haya una causa suficiente que disculpe esta arbitrariedad. Repetimos que la cuestion era imposible, y asi es que todo el talento del poeta no ha podido producir una fábula arreglada y verosimil; viéndose al fin obligado á hacer que intervenga el Rey en el desenlace, y ordene las bodas precisamente del modo que conviene para que el autor justifique el título que puso á la comedia.

A pesar de todo lo espuesto, como los esfuerzos de Tirso para conseguir su objeto, son admirables, la intríga es muy ingeniosa, y no carece por otra parte de bellezas, nos ha parecido oportuno insertarla en nuestra coleccion, persuadidos de que no la desecharán nuestros lectores.

El enredo consiste en presentar una muger, que

se enamora de un hombre que no la conoce, y abandona su casa en su seguimiento. Esta idea no es nueva en el autor, ni en otros poetas de su siglo. Se encuentra repetida en la comedia de *El amor médico*, en la de *La Huerta de Juan Fernandez* y en otras varias. Pero Tirso para complicar la accion, supone ordinariamente que la heroina toma diversos nombres, y representa distintos personages, ya difrazándose de hombre, ya de muger, y embolismando á los demas, que nunca la conocen. Aquí no abusa tanto de la condescendencia del auditorio: Finea permanece siempre disfrazada de page, y para engañar á su rival se vale do otra muger que interviene en la fábula, y á quien persuade á que se preste á sus designios. Pero si en esta parte ha atendido mas á la verosimilitud, en lo demas del enredo ha faltado á ella notablemente.

Lo mas estraño es que no tenia ninguna necesidad de desgraciar de este modo su argumento; antes bien, con solo haberse copiado á sí mismo, pintando las pasiones de los personages como en otras comedias, hubiera aumentado infinito el interés de la presente. Pudo suponer á Florela y al Conde mas inconstantes, ó mas tibios en sus amores; pudo hacer que ambos se enamorasen de Finea, presentándola unas veces vestida de hombre, y otras de muger, como en *don Gil de las calzas verdes*; pudo conservar tambien el heroismo de Finea cuando arriesga la vida por defender á su amante, y aun suponer que este la debia otros favores, haciendo resaltar su agradecimiento para motivar el desenlace, &c. Pero para todo esto habia un obstáculo insuperable, que era el malhadado título de la comedia; porque si el Conde gustaba al fin de Finea, ya no podia decirse que recibia una muger por fuerza; y no le ocurrió al in-

mortal Tirso, que valia mas sacrificar un título, que nada tenia de maravilloso, que no una fábula que hubiera podido ser muy interesante.

A pesar de todo, *la Muger por fuerza*, aun en el estado en que se halla, tiene mérito por su artificio, por la situacion en que llega á colocar al Conde, por algunas escenas bien dibujadas, y por varios pasages y versos muy bellos, como los de la declaracion de Finea á su rival, las octavas que dice hablando con el Rey &c.; aunque tambien se descuidó en esto alguna vez, y se conoce que escribió esta comedia precipitadamente; porque se advierten ripios y malos versos, en cuyos defectos no incurria casi nunca. Pero hay otros muy escelentes.

Ya que yo fui muger, cuya flaqueza
no es la primera vez que se ve escrita; &c.
. . . .
¿Quién es aquesta muger?
Una muger enojada &c.